

TDL/138

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE
D. PABLO AVECILLA.

EL MONARCA CENOBITA.

334



PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios,
calle de Carretas.



D. José Cuesta, calle
Carretas 9.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. ANTON, 26.

1839.

CÁTALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO
LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La du'ca.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.

Sancho Ortiz de las Roclas.

Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Últimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldana.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la corte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.

La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de luésps.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peinero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaíno.
A Zaragoza por loco.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficial'ito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

734150 000 001

704/138

EL MONARCA CENOBITA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

LOS PALANQUES

ORIGINAL DE

D. JUAN MIGUEL DE LOSADA.

Representado por primera vez el 15 de Setiembre de 1860 en el TEATRO DEL PRÍNCIPE, para inaugurar la temporada cómica.



N.º 33/4.



MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ.

S. Vicente alta, 52.

1860.

R. 83.699

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

BOLETÍN DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

D. JUAN JOSÉ DE LOSADA



IMPRESA NACIONAL DE LA REPÚBLICA VENEZOLANA

1954

DOS PALABRAS.

No atribuyo el éxito satisfactorio de esta obra á su mérito dramático, sea el que fuere, sino al decidido empeño del primer actor don Pedro Delgado, que, con un afán que le honra, la estudió y ensayó con la mayor eficacia. Agradezco mucho el grande interés con que los actores, todos, interpretaron mis ideas. La señora Lamadrid aceptó el papel de la dama, porque quiso contribuir á que mi produccion tuviera la más favorable acogida. No podía el público esperar ménos del deseo de agradecerle que anima á su actriz favorita, que tiene tanto talento como amor al arte.

He tratado de pintar al Emperador tal como él fué en Yuste. El drama tiene una idea política y social: «probar que el catolicismo conduce al mejor gobierno, y por consiguiente, al progreso.»— Es así que la Reforma luterana ataca y destruye el principio de autoridad por medio del libre exámen, luego lleva al desórden, al ateismo; luego no puede dar á los hombres ni la ventura en la tierra, ni la inmortalidad en el cielo. Algunas personas creyeron que, habiendo sido yo director de un periódico monárquico, este drama seria un fárrago de lisonjas á los reyes: ¿por qué? siempre les he dicho la verdad en mis escritos. En cuanto al drama, pronto se desengañaron los que tal pensaban. La figura del Marqués de Toledo, es, á mi juicio, el tipo del caballero español de nuestros buenos tiempos. Digo de mí, lo que Bálmes de sí: «Soy monárquico de cabeza, pero demó-

crata de corazon.» Quiero la dicha del pueblo, y no pretendo envilecerlo obligándole á ser servil: para él escribo y me lisonjean sus aplausos. Pinto los monarcas como deben ser, aunque no pretendo darles lecciones; saben mucho: las pruebas las tiene la Europa hace trescientos años...

Espero los juicios de la crítica desapasionada, para ilustrarme con los buenos consejos. Ni me envanecerán los aplausos, ni me arredrarán los ataques por injustos y apasionados que sean. Amamantado con el catolicismo, tengo muy fuertes convicciones para no tener firmeza de carácter. Muy jóven aún, he sufrido muchos desengaños; he sido víctima de las más negras ingraticudes, ya de amigos pérfidos, ya de personas que por su rango no debian faltar á su palabra. Así, pues, conozco las miserias del corazon humano, y sé perdonar. Si algunos rasgos de este drama son pinceladas muy vivas de los desencantos del mundo, es porque el poeta de corazon canta como siente.

A. L.

EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

MARQUÉS DE LA PEZUELA,

INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Mi respetable amigo: Dedico á V. este modesto drama, porque, además de las dotes que adornan á V. como cumplido caballero, tiene V. á mis ojos y á los de mi pátria, Cuba, el envidiable mérito de haber gobernado con talento aquella importantísima isla, no saliendo de ella ni rico, ni odiado, ni con el remordimiento de haber hecho derramar una lágrima.

La dedicatoria es, pues, una prenda de estimación y afecto.

Soy siempre de V. atento amigo y servidor q. s. m. b.

J. MIGUEL DE LOSADA.

Madrid 18 de Setiembre de 1860.

AL

EXAMEN DE TENDENTE GENERAL

MARQUES DE LA PENINSA

PRIVILEGIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El presente es un libro de...

IMPRESO EN MADRID

En la imprenta de...

PERSONAJES
ACTORES

ESABELLA
EL REYER VON TARBEL
EL MARQUEZ DE TOLEDO
DON JUAN
DON LUIS GUERRA
D. Pedro de Alarcón
D. Juan de Lara
D. Manuel Pizarro
D. Juan de Lara

Esta obra es propiedad de DON PABLO AVECILLA, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAJES.

ACTORES.

ESTRELLA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
EL EMPERADOR CÁRLOS V.	D. PEDRO DELGADO.
EL MARQUÉS DE TOLEDO. .	D. JUAN CASAÑER.
DON JUAN.	D. MANUEL PASTRANA.
DON LUIS QUIJADA.	D. MANUEL MENDEZ.
UN RELIGIOSO DE LA ÓRDEN DE SAN GERÓNIMO.	D. ISIDRO MELGAREJO.
NICOLÁS.	D. JOSÉ ALISEDO.
UN ALCALDE.	D. JOSÉ BULLON.
UN CRIADO.	D. MANUEL VERA.

Religiosos de San Gerónimo.—Damas.—Criados.

La escena pasa en el monasterio de Yuste, Agosto de 1357.

NOTA. Se advierte que el Emperador nunca se vistió de monje: en el convento usó siempre traje negro.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el claústro bajo de un convento; este claústro es cuadrado. La galería donde pasa el drama es la que está en primer término. Cierran los arcos vidrieras que estarán abiertas. En el centro, fuera de esta galería, hay un pequeño jardín, con su fuente de juegos de agua, árboles, flores, tiestos, etc. Por entre los árboles se divisó la galería del fondo, pues las de los lados se suponen cerradas; la de la derecha dá al templo del monasterio, y la de la izquierda figura ser la parte baja de las habitaciones que ocupó en Yuste el Emperador Cárlos Quinto. El drama se desarrolla en tres horas. Cuando el monarca entra en la escena; se supone que viene de su cotidiano paseo de la tarde. Siempre que se habla de derecha ó izquierda, entiéndase del espectador.

ESCENA PRIMERA.

Mesa con recado de escribir, algunos libros, objetos de historia natural, como insectos bajo copas de cristal, pájaros disecados, etc. Aparece Nicolás limpiando el polvo de la mesa; luego se sienta en el sitial, que estará al lado de dicha mesa. Levántase, como mudando de parecer, y registrando algunos libros, dice, tomando uno, hojeándole y rellanándose en el sitial.

NICOLÁS.

Nicolás. ¡Qué talento tan profundo!

(Pone el libro sobre la mesa; vuelve á tomarlo y dice.)

Soy curioso, no resisto...

(Leyendo.)

«De la imitación de Cristo,
y menosprecio del mundo.»

«Dijo uno: cuantas veces estuve entre los hombres,
volví ménos hombre, lo cual experimentamos cada
día cuando hablamos mucho. Más fácil cosa es ca-
llar siempre, que hablar sin errar...»

(Deteniéndose como quien medita; sigue leyendo.)

«Ninguno manda con razon, sino el que aprendió á
obedecer sin replicar...»

(Breve pausa: representa.)

De seguro que el autor
no habla aquí con Cárlos Quinto,
que ni aun en este recinto
reconoce superior.

Él, que jugó á la pelota
con naciones y con reyes,
él no obedece más leyes
que á las leyes de su gota.

(Leyendo con intencion.)

«No hay vicio que no tenga su propio tormento: allí
los soberbios estarán llenos de confusion, y los ava-
rientos...»

(Representa.)

Pues dice el librito más
de lo que debe decir.

¡Si yo supiera escribir!...

¡Voto á cribas!...

ESCENA II.

NICOLÁS.—DON JUAN *por el fondo.*

D. JUAN. (Con gozo juvenil.) ¡Nicolás!

NICOLÁS. ¡Señor don Juan!

D. JUAN. (Haciendo lo que dice.) Te consagro
un abrazo.

NICOLÁS. ¡Qué alegría!

y yo un millon te daría...

Pero dime, ¿qué milagro
te trae por aquí?

D. JUAN. (Con desembarazo.) Mi amor.

NICOLÁS. Pues me gusta la franqueza.

Pero ¡Cómo! ¡buena pieza!... (Con cariño.)
¿esa banda?... (Señalando á la que lleva.)

D. JUAN. (Satisfecho.) Mi valor.

NICOLÁS. ¡A tu valor la has debido! (Le abraza.)

¡Tú, Capitan! hombre, mira...

D. JUAN. ¿A quién valor no le inspira
un corazón decidido?

Yo me propuse vencer

los rigores de mi suerte,

y me dije: «Ó gloria ó muerte,

porque querer es poder.

(Cambiando de tono y con fuego.)

Sabrás, en fin, en su día,

cuanto quieras. La campaña

abandono, vuelvo á España,

y llego á Villagarcía.

Mas no quiere Dios que guste

del resplandor de una estrella... (Con intencion.)

tú sabes, pregunto:—«¿Y ella?»

—«En Yuste está.»—Pues á Yuste.

NICOLÁS. Sí, ya compréndo, aquí estás.

D. JUAN. Pero, por tu vida, dime,

porque la duda me oprime,

¿en dónde está, Nicolás?

NICOLÁS. Vamos por partes: aquí

hay novedades.

D. JUAN. ¿Qué dices?

NICOLÁS. Que, mira, no te deslices...

D. JUAN. Deja las burlas.

NICOLÁS. (Con socarronería.) ¿Sí?

D. JUAN. (Impaciente.) Dí...

NICOLÁS. Si vienes, cual de costumbre,

soberbio y violento...

D. JUAN. (Reprimiéndose.) No,

dime lo que haya.

NICOLÁS. (Con cachaza.)

Bien.

D. JUAN.

¡Oh!

me mata la incertidumbre.

NICOLÁS. (Con calma y como quien narra un cuento.)

Cansado ya del imperio

abdicó el Emperador,

y con heroico valor

se vino á este monasterio.

Aquí está su habitacion, (hácia la izquierda.)

de aquel lado el templo está, (señalando á la derecha.)

y ese cláustro, paso dá (el del fondo.)

del convento al panteon.

Tu padre, don Luis Quijada,

que es su amigo, secretario,

y, en suma, depositario

de sus secretos, trasladó

su estancia aquí con su esposa;

le asisten ambos á dos,

y á todos asiste Dios...

D. JUAN. ¿Pero Estrella?...

NICOLÁS.

Luminosa

como siempre.

D. JUAN. (Con extrañeza.) ¿Vive aquí?

NICOLÁS. En este convento: quiso

don Carlos, y fué preciso

en dos dividirlo.

D. JUAN. (Con duda.)

¿Sí?

NICOLÁS. Se dividió de manera

que tiene su magestad,

hácia el norte la mitad...

en invierno una nevera,

un horno en verano.—Por

aquel corredor se vá (el del fondo.)

al cementerio.

D. JUAN.

¿Sí?

NICOLÁS.

Dá

con otro gran corredor

que mira de frente al áustro;

y por una puerta chica,

la iglesia se comunica
con ese espacioso claústro:
pero, cerrada la puerta,
esto queda independiente. (Extrañeza en don Juan.)

¡Si vive aquí mucha gente!
¿Te piensas que está desierta
la imperial habitacion?

Nada de eso: vive Estrella
con la esposa casta y bella
de don Luis. En conclusion,
desde este recinto abarca
don Carlos el mundo entero,
y es hoy aquí, siendo austero,
como en la corte monarca.

D. JUAN. Mas Estrella, ¿dónde está? (Impaciente.)

NICOLÁS. Ya te lo dirán despues.

Se casa con un Marqués... (Con misterio.)

D. JUAN. ¡Qué dices! ¡Dí! (Asombrado.)

NICOLÁS. (Friamente.) Digo, ¡bah!

que ya el Marqués ha venido,
que es un noble caballero...

D. JUAN. ¡Ira de Dios!

NICOLÁS. Considero
que el mosquetazo te ha herido.
Mas la ocasion es muy bella,
y sabrás á qué atenerte,
si el amor de Estrella es fuerte
como tu pasion por ella.

D. JUAN. ¿Qué hay aqui?... (Asombrado de duda.)

NICOLÁS. (Maliciosamente.) Como en la corte,
chismes; mucho chisme.

D. JUAN. (Abatido.) ¡Cielo!

NICOLÁS. Para que temples tu duelo
tengo, don Juan, un resorte.

D. JUAN. ¿Dónde está mi padre?

NICOLÁS. Está
muy cerca, vendrá al momento,
esta tarde, y un aumento
de cortesanos habrá.

Viene el primado español,

y viene aquí tanta gente...

(Don Juan hace como que se vá.)

Espera, don Juan, detente:

antes que trasmonte el sol

has de verla; te prometo

servirte bien.

D. JUAN. (Conmovido.) ¡Nicolás!

NICOLÁS. Calla, oigo ruido, no más...

yo te pondré en el secreto.

(Quiere don Juan replicar, Nicolás lo saca violentamente de la escena llevandoselo por el foro, izquierda, á tiempo que el Emperador y el Marqués salen de entre los arbolillos del jardín, donde el segundo se detiene á cojer de una mata una crisálida de mariposa.)

ESCENA III.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

EMPER. Y bien, ¿dudais? (Como anudando una conversacion interrumpida.)

MARQ.

No penetro,

aunque lo quiero apurar,

cómo podeis olvidar

que fuisteis dueño de un cetro.

EMPER.

Las grandezas de la tierra,

aun las de más rico brillo,

no valen el gusanillo

que aquesta membrana encierra.

Labró, por ignota ley,

el hilo que, fabricado,

será después trasformado

en manto augusto de un rey.

¡Y el monarca soberano

será, tal vez, muy temido,

cuando para andar vestido

le dió la tela un gusano!

Mirad un símil perfecto

de nuestra vida mortal:

sirve de urna sepulcral.

frágil telilla á este insecto:
 quizás la quiebre mañana,
 y ya, suelta mariposa,
 matizadas de oro y rosa
 las alas ostente ufana.
 Libre y feliz entre flores,
 con su brillante existencia
 de la sábia omnipotencia
 publicará los favores.

Así el alma va del cielo
 hasta el divino pensil,
 dejando este cuerpo vil
 entre la escoria del suelo.

(Pausa.)

Ah, Marqués; el alma mía
 quiere romper sus prisiones,
 y elevarse á las regiones
 donde brilla eterno el día;
 mas, ¡ay! que un áspid sangriento
 se enrosca en mi corazón,
 y á cada palpitation
 me punza un remordimiento.

MARQ. Señor, vuestra mente lleva
 su inquietud, hasta el delirio.

EMPER. Sí, Marqués, este martirio
 de mi conciencia, es la prueba.

Yo miré que el paganismo
 asaltó nuestros hogares,
 y levantó sus altares

frente al Dios del cristianismo:
 yo vi brotar la heregía,
 desarrollarse, crecer...

¡juzgaba que mi poder
 dique, á mi antojo, sería!

no comprendí que la copa
 de la ira de Dios colmada,
 tiene á la Europa incendiada
 derramándose en la Europa.

La planta dará su fruto, (Con amargura.)

pues donde César impera,
 cuando precise que muera
 no habrá de faltar un Bruto.
 Y, pues que pude, ¡en mal día
 no ahogué en sangre el semillero
 con la sangre de Lutero
 aun á costa de la mia!

MARQ. No abrirá la noble España
 sus puertas á tal error.

EMPER. Que en esta mies del Señor
 no nazca tan vil cizaña!

MARQ. No, no penseis que la tea...

EMPER. Sí, sí, Marqués, se propaga,
 porque el cañon nunca apaga
 el resplandor de una idea:

y si esa en su incendio horrible
 llega, cual pienso, á cundir,
 á su hoguera han de servir
 los tronos de combustible.

MARQ. La política dejemos;
 es, señor, enfermedad
 que mata la caridad:
 de nuevas cosas tratemos.

Lejos de mí la ilusion
 de una grandeza mentida;
 yo vivo la hermosa vida...
 la vida del corazón.

Harto sé que para Estrella
 acaso muy poco valgo,
 y bien pretendo hacer algo
 que me acredite con ella;
 mas, en vano la rendí...

EMPER. ¡Qué! ¿tus votos desoyó?...?

MARQ. Nunca me ha dicho que «no»
 pero tampoco que «sí.»

EMPER. ¡Y tú pensarás que ingrata
 en desdénarte se empeña?...?

MARQ. Sospecho que...

EMPER. Ni lo sueña.

- MARQ. Señor, el desden me mata.
- EMPER. No temas, será tu esposa.
- MARQ. Tal vez...
- EMPER. ¿Lo podrás dudar?
¡Y qué no logra alcanzar
con cierta astucia ingeniosa...
- MARQ. Señor, me robais la calma
del corazon... (Señal de sorpresa en el Emperador.)
os lo juro.
- EMPER. ¿Qué?
- MARQ. No hay amor, siendo puro,
sin martirios en el alma.
El matrimonio cristiano
es tan santa institucion,
que han de darse el corazon
los que se entregan la mano.
- EMPER. Y bien...
- MARQ. Que yo conquistar
con esa astucia no quiero...
- EMPER. Eres hombre muy severo. (Interrumpiendole.)
- MARQ. Así no me he de casar.
Cándida, pura, inocente,
santa, la quiere mi amor,
con las rosas del pudor
ornada la casta frente.
Si para alcanzar á Estrella
es preciso el fingimiento,
repito sin sentimiento
que yo renuncio á la bella.
- EMPER. ¡La desprecias! (Admirado.)
- MARQ. Eso no:
no quiero verla fingir,
pues quiero siempre decir:
«mi mujer es otro yo.»
- EMPER. ¡Pides un ángel!
- MARQ. Sí tal:
pido una mujer cristiana.
- EMPER. Pues bien, os daré mañana (Conmovido.)
mi bendicion paternal.

- MARQ. ¡Mañana! (Con efusión.)
- EMPER. (Conmóvido.) No cabe duda.
- MARQ. ¿Contais acaso con ella...
- EMPER. No ha de quedar por Estrella.
¿Qué razon hay que le acuda
para desairar así
á un caballero, que brilla
en la corte de Castilla
como brillas? ¡Pesia á mí!
- MARQ. Me haceis muy feliz.
- EMPER. (Con pesar.) La suerte
se ha conjurado en mi daño...
- MARQ. ¡Monarca!...
- EMPER. No, no me engaño;
está ya cerca mi muerte.
En vano mi dura fibra
quiere vencer la tormenta;
tremendo huracan revienta,
y mi nave no se libra
de dar en el arrecife
que cerca la mar del mundo,
y en su píelago iracundo
se está rompiendo mi esquite.
- MARQ. Las ideas desechad...
- EMPER. No me atormentan, Marqués:
si yo sé que el mundo es
un paso á la eternidad.
De viaje en su seno estamos,
y cuando el hora es llegada,
hay que emprender la jornada
queramos ó no queramos. (Pausa.)
A darte pruebas empiezo
de mi ardiente estimación.
- (Se quita un anillo que dá al Marqués, quien pretende rehusar, pero
cede á las instancias del monarca.)
- MARQ. ¡Diamante! (Fijándose en la observacion del anillo.)
- EMPER. (Con majestad.) Mis armas son,
que grabó Jacometrezo!
- MARQ. ¡Magnífica joya!

- EMPER. Sí, no hay en Europa otra igual;
no hay en Europa otra igual;
tiene mi sello real.
- MARQ. Mi gratitud...
- EMPER. (Solemnemente.) Si de mí
exigir quieres un día
lo más difícil...
- MARQ. (Reverentemente.) Señor...
- EMPER. Juro, á fé de Emperador,
que, en premio de tu hidalguía,
lo que me pida tendrá
quien ese anillo presente.
- MARQ. Atended... (Como rhusando.)
- EMPER. Eres prudente,
muy prudente... Basta ya. (Pausa.)
; Al mas humilde villano
alzar tan alto pudiera,
que en grandeza compitiera
con el mismo soberano!
Mas tu talento...
- MARQ. (Con modestia.) Es que vos...
- EMPER. No puede darlo una ley;
para tanto es poco un rey...
se necesita ser Dios.
(Como que se habrá sentado á media escena, pugna por levantarse
cuando dice estos últimos versos, y faltán'le agilidad, añade.)
Vamos á dentro. Estos males...
esta gota es homicida.
- MARQ. ; Con que los monjes, en vida
es hacen los funerales ?
- EMPER. (Andando lentamente para dejar la escena.)
; Eso dicen? No, no es cierto.
Al vulgo place lo raro,
y ; miente con tal descaro !...
Es verdad que un monje ha muerto
y hoy se le entierra...
(Deteniéndose meditando y como variando de idea.)
Mañana...
; qué dirán de mi memoria !



Contarán... Diga la historia
lo que le diere la gana. (Como con enfado.)

ESCENA IV.

ESTRELLA.

(Saliendo del jardín.)

Leves auras regaladas
de la tarde silenciosa,
en ambar de lirio y rosa
mágicamente empapadas:
vosotras, que vais aladas
por la cóncava region,
habladle de mi pasion
al bien ausente que adoro,
y contadle cómo lloro
traspasado el corazon.

ESCENA V.

ESTRELLA.—EL MARQUÉS.

MARQ. Salud, señora. (Reverentemente.)

ESTREL. (Saludando.) Marqués...

MARQ. (¡Siempre mústia!) Me provoca
á grave dolor, miraros
como triste ó pesarosa.
Dejad que el semblante bello
ostente sus gracias todas,
y vuestra risa de arcángel
vuelva al clavel de esa boca.

ESTREL. Caballero... (Ruborizada.)

MARQ. No tomeis
mis palabras por lisonjas.

ESTREL. Atendedme. Tan galante
como discreto...

MARQ. (Con modestia.) Señora...

ESTREL. A molestarme, tuviera

- el alma de fuerte roca.
- MARQ.** ¡Estrella! Me dais la vida con esas frases, que brotan empapadas en el ámbar del suspiro de las rosas.
- ESTREL.** He sido justa; conozco que vuestra pasión es honda, y que está mal empleada.
- MARQ.** ¡Esta pasión es mi gloria!
- ESTREL.** ¡Ah! Marqués, vuestro entusiasmo en tan alto me coloca...
- MARQ.** No aparte volvais el rostro; los colores asoman del pudor con que el semblante se ennoblece y se arrebola.
- ESTREL.** Permitidme que me explique. Vuestros cuidados redoblan conmigo, de tal manera, que no debo silenciosa permanecer, aumentando las ilusiones que os colman. Sois honrado y caballero; tenéis un alma...
- MARQ.** (Con suma modestia.) Ved...
- ESTREL.** (Con melancolía.) Pocas como la vuestra, conquistan la ventura que ambicionan. Pusisteis en mí los ojos; yo sé cuánto son hermosas las flores de la esperanza que nunca, nunca se agostan! Lo comprendo porque yo, entre secretas congojas, adoro á un amante ausente que con delirio me adora.— Crecimos juntos los dos, y nuestra llama amorosa creciendo fué con nosotros día á día, y hora á hora.

En pos de mejor fortuna
 surcó de la mar las olas,
 y dos años van corridos
 que solo mi voz le nombra.
 «Adios, Estrella, me dijo;
 «de nuestro amor en memoria,
 «tu vestido y tu cintura
 «con este cordon adorna:
 (Aludiendo á un largo cordon que lleva.)
 «como el azul de los cielos
 «son los hilos que lo forman;
 «tan puro como ese azul (Del firmamento.
 «será mi pasion.» (Rompe en llanto.)

MARQ. (Conmovido.) ¡Le adora!

ESTREL. «Si en vez de nombre y ventura

»hallo la muerte traidora,

»rompe el cordon, de esta prenda

»sin tardanza te despoja»...

(Rompe en llanto, no puede continuar. Pausa.)

Comprendo lo que sufrís,

por el dolor que me agovia.

Si puedo hacer os dichoso...

MARQ. (Melancólicamente.) Aunque mi existencia roa

la serpiente que escondida

llevo en el pecho, no importa;

sufriré como he sufrido;

que mis entrañas se coma;

que con afan, con angustia,

persiga siempre á una sombra

que más y más se me aleje

cuando mis manos la tocan;

padeceré resignado;

y acaso, Estrella, vos sola

comprenderéis la desdicha

del infeliz que os adora. (Pausa.)

Quedad con Dios.

ESTREL. (Deteniéndole.) Un momento.

Os es mi orfandad notoria,

y sabeis que como á padre

obedezco al que me honra
con vuestra mano...

MARQ. Lo sé.

ESTREL. ¡Ah! si airado me abandona...

MARQ. (Quiere partir.) ¡Estrella!

ESTREL. Atended.

(Como tomando una resolucion apremiada por las circunstancias.)

Quizás

del mar en las fieras ondas

halló don Juan sepultura;

quizás me olvida y no torna,

ó quizás ingrato amante

esclavo á las plantas de otra...

(Arrepintiéndose, rápidamente.)

Pero ¡Cielos! ¡imposible!

(Con delirante pasion.)

¿Mi mismo amor no le abona?

(Quédase abstraída; el Marqués la observir con suma atencion: Es-

trella dice despues de unos momentos)

Lo manda quien debe...

MARQ. (Como ofendido.) Estrella,

la pasion que me devora,

si víctimas necesita,

¡yá está aquí la que se inmola!

ESTREL. (Con suma angustia.) ¿No sois noble, generoso?...

Pues en el mal que me acosa,

de un alma como la vuestra

espero el bien; si retoña (infantilmente.)

mi triste amor; si mi lábio

pronunciar el nombre osa

del ser que amé, caballero,

daré tormento á mi boca,

y pura, sí, siempre pura,

sabré ser honrada esposa.

Ignore siempre el monarca... (Con abatimiento.)

MARQ. La palabra queda rota...

ESTREL. ¿Me entregareis á su saña? (Interrumpiéndole con susto.)

MARQ. Diré que todo me enoja,

que voy á Italia, ó á Flandes,

diré que salgo de Europa, hasta diré que no os amo, yo diré cualquiera cosa...

ESTREL. ¡Marqués! ¡Marqués! (Con júbilo.)

MARQ. (Va á partir.) Os lo juro.

ESTREL. Algunas palabras, pocas. (Recapacitando.)

¿Dudais que en el mundo existe la virtud? (Señal de asombro en el Marqués.)

Dudais que arrostran las almas privilegiadas de las pasiones las olas, y que vencen muchas veces porque el Señor las conforta?

MARQ. No lo dudo, mas decidme...

ESTREL. Mi madre al morir me exhorta á obedecer al monarca...

MARQ. Lo sé. Continuad...

ESTREL. (Llorando.) Destroza mi corazón su recuerdo! (Pausa.)

MARQ. Esas lágrimas preciosas yo las arranco, y me quemaré con el plomo ardientes gotas.

ESTREL. Yo la juré respetar como á padre, á la persona que os brinda mi mano; entonces me estrecha, con voz llorosa me bendice, me recuerda mis deberes, le abandonan las fuerzas, me abraza y muere... (Pausa.)

Su misma voz vibra ahora en mi corazón.—«Respetar como á padre al que te toma bajo su amparo... ¡hija mía! «sufre mucho y calla y ora. «Tu sumision, tu obediencia, «tus oraciones, tus obras, «siendo buena, premiará «AQUEL de misericordias eterna fuente, y por tí,

»El, que á los malos perdona,
 »podrá rescatar el alma
 »de tu madre pecadora...» (Pausa.)
 ¡Fué Bárbara de Blomberg!

MARQ. Lo sé, bien lo sé... (Melancólicamente.)

ESTREL. Me asombra
 su despedida, que nunca
 se aparta de mi memoria,
 y en este instante me inspira
 mi resolucion heróica.
 Sé que el mundo cuando vea
 que os doy mi mano, gozosa
 me juzgará; sé que injustas
 me calumniarán mil bocas;
 sé que atento hasta á la vida
 del dulce bien que me adora;
 sé que vos mismo, señor,
 os asombrareis... no importa.
 ¿Su magestad lo dispone?
 arrostraré valerosa
 la maledicencia, y fuerte,
 aunque sienta que me ahogan
 los dulces recuerdos míos
 que en este instante me acosan,
 mi espíritu indomeñable
 se alzaré sobre la escoria
 de las miserias del mundo,
 y acrisolado y con honra
 subirá triunfante al cielo
 y con mi madre á la gloria!

MARQ. Escuchadme, os lo suplico...

(Quitase el cordon y se lo dá al Marqués; esté duda un momento; la resuelta actitud de la jóven le impone; quiere hablar, pero Estrella le dice con magestad y saliendo del teatro con la augusta serenidad de quien domina la situacion en que se encuentra.)

ESTREL. Tomad. Con lo dicho sobra.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

Dudando estoy lo que pasa
 en este instante por mí.
 Aunque ella en amor se abrasa
 por otro, ¡ay Dios! me traspasa
 el fuego que siento aquí. (En el corazón.)
 Mas, ¡cielos! ¿la prenda bella
 que abrazaba su cintura
 tengo conmigo, y con ella
 un signo fiel de que Estrella
 es mía, mía? Fulgura (Apasionadamente.)
 con tu esplendor peregrino,
 astro esplendente, divino,
 manantial de mis amores,
 y cubre mi erial camino
 de blancas y puras flores.

(Antes de concluir estos versos entra don Juan.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.—DON JUAN.

D. JUAN. Abrojos pisais.

MARQ. ¡Quién vá! (voviéndose rápidamente.)

D. JUAN. Quien quiere saber de vos
 si es que podemos los dos
 estar aquí juntos.

MARQ. (Con calma.) Ya
 viéndolo estais, caballero,
 pues, con toda esa arrogancia,
 dejais entre dos distancia
 para que ocupe un tercero.

D. JUAN. Metafísico y burlon
 el hidalgo ha respondido.
 ¿Caballero, habeis querido (Con brio.)

tergiversar la cuestion?

Yo, dando á mi audacia vuelos,
aquí sigiloso entré.

¿Sabeis la causa?

MARQ. (Con indiferencia.) No sé.

Decid.

D. JUAN. Porque tengo celos.

MARQ. Mal fisonomista soy:

pero, jóven, se me alcanza
que teneis harta confianza
en vos mismo.

D. JUAN. En eso estoy.

MARQ. Pues si lo juzgais así,
¿con qué derecho, decidme,
interpelais?..

D. JUAN. Permitidme

la propia pregunta á mí. (pausa.)

Adoro á la hermosa Estrella

con tan ciega idolatria,

que hasta el hielo incendiaria

de mi amor una centella.

En mi entusiasmo inmortal,

fué de mi gloria la palma,

y alma gemela de mi alma

mi amor es al suyo igual.

Cuando sé que pretendeis,

codiciando el bien que adoro,

privarme de mi tesoro,

¿qué debo hacer?

MARQ. Ya lo veis;

idéntica es mi razon,

y excuso mi amor pintaros,

porque acabais de expresaros

con mi mismo corazon.

Juzgad por vos si á otros lazos

unirla verá tranquilo,

sin que ántes no rompa el hilo

que ha de atarla, en mil pedazos.

D. JUAN. ¡Qué habeis dicho! (Colérico.)

MARQ.

Juez sois vos.

D. JUAN. Dirimamos la querella,
y salve su buena estrella
al que mejor quiera Dios.

MARQ. Tened más calma...

(El Marqués ha ido acercándose á don Juan hasta que éste, viéndole el
cordon que le dió Estrella, le dice exasperado:)

D. JUAN.

¡Qué miro!

¡Qué! ¿me engaña mi razon?

¿Es ese, acaso, el cordon...

vais á exhalar el suspiro,

el suspiro postrimero...

MARQ.

En la punta de mi estoque,

¿pensais que el honor coloque?

D. JUAN.

Alzad, si sois caballero.

(Le arroja un guante, el Marqués se exaspera, pero se reprime y le
dice:)

MARQ.

Jóven, mirad... (Aludiendo al sitio en donde están.)

D. JUAN.

No hay razon

que pueda templar mi furia.

MARQ.

Castigaré vuestra injuria (Con brío.)

D. JUAN.

Os romperé el corazon.

¡Alzad!

MARQ.

(Resuelto.) Ya basta.

(Al ir á levantar el guante, se encuentra frente al Emperador. Este se
ostenta en toda su magestad, con lo que impone al Marqués.)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.—DON JUAN.—EL EMPERADOR.

EMPER. (Con tono de reconvencion.) ¡Marqués!

D. JUAN. Vuelvo á retarle. (Con energía.)

EMPER.

¡Altanero!

debes ponerte primero
de rodillas á mis pies.

D. JUAN.

Si el mismo rey lo mandara
contra razon, de la mia
ante el pueblo apelaria

y al mismo rey no acatara;
que pues el rey necesita
del pueblo, para reinar,
quien puede coronas dar
cuando conviene las quita.

EMPER. ¡Vive Dios! rapaz imberbe,
que, tal discurso escuchando,
de coraje palpitando
la sangre en mis venas hierte.
Yo temlaré tu despecho
haciéndote comprender,
que á la razon del deber
sometido está el derecho:
y tu doctrina pagana
destruiré con la doctrina
de la autoridad divina
que de Dios eterno emana.

MARQ. La exaltacion moderad
que fieramente os irrita...

EMPER. No, jamás : quien debilita
del poder la autoridad
siendo cual yo, franca brecha
á la rebelion ofrece,
y si en ella no perece
vé su corona deshecha.

Dejadme. (Insinuándole que salga del teatro.)

MARQ. Su desvario
merece vuestro perdon,
pues juzgo su corazón
por lo que pasa en el mio.
(Saluda á una señal de disgusto del Emperador, y váse.)

ESCENA IX.

DON JUAN.--EL EMPERADOR.

D. JUAN. ¡Ah! señor, por un momento
prestadme vuestro favor;
si sojs el Emperador,

admitid mi rendimiento:
y si he podido obcecado
hacer de soberbia alarde,
perdonad, que nunca es tarde
para absolver á un culpado. (Pausa.)

EMPER. Vé con Dios. (Con bondad; va á partir.)

D. JUAN. Señor...

EMPER. Escucho: (Deteniéndose.)

te perdono arrepentido;
mas lo pasado no olvido
que fuera exigirme mucho.
A la virtud con el vicio
confundiera, y ¡por mi vida!
que quien el crimen olvida
se olvida del beneficio.
Parte, pues.

D. JUAN. Vuestro semblante

no revela un alma estóica.
Si la teneis tan heróica
como lo dice radiante
esa límpida mirada
que mil conceptos encierra,
comprenderéis que en la tierra
para mí no hay bello nada
sin el amor sin segundo
de mi Estrella celestial,
que con ventura inmortal
me está brindando en el mundo.

EMPER. Esas frases peregrinas
de tu juvenil ardor,
de la codiciada flor
no dejan ver las espinas.
Cuando la cándida rosa,
que ora juzgas delicada,
pálida, triste y tronchada
se agoste; cuando en la hermosa
que hoy un ángel te parece,
encuentres... una mortal
sin el encanto ideal

con que tu amor la embellece,
amarga hallarás...

D. JUAN. (Suspirando.) (¡Ay Dios!)

EMPER. La vida sin ilusiones,
y fieras imprecaciones
habreis de lanzar los dos
contra aquel que uniéndoos quiso,
juzgando ese amor eterno,
daros, en vez de un infierno,
las glorias del paraíso.
¡Y dejaré que mi Estrella!...

D. JUAN. Atended.

EMPER. No, no, jamás.

D. JUAN. ¡Ah! Señor...

EMPER. La perderás
y te perderás con ella.

(Preséntase Estrella. D. Juan le sale al encuentro; al tomarla de la mano, Estrella lo reconoce, se sorprende y vá rápidamente, ruborizada, como á refugiarse á los piés del monarca, haciendo una exclamacion de temor y de asombro á la presencia de su amante.)

ESCENA X.

DON JUAN.--EL EMPERADOR.--ESTRELLA.

ESTREL. ¡Ah!!! Señor...

D. JUAN. ¡Mi bien!

EMPER. (Con bondad.) Levanta...

D. JUAN. (Con vehemencia, que le conquista la simpatía del Emperador.)
¡Oh! libre dejadla hablar,
que vuestro ceño la espanta
y echa un lazo á su garganta
que la impide contestar.
¿Es verdad, hermosa mía,
que nuestras almas un día
eterno amor se juraron,
y que entrambas se enlazaron
en perdurable armonía?
Respóndeme un solo instante.

¡Ah! vedla, vedla, señor;
 hable esa frente radiante
 y ese bañado semblante
 en el carmin del rubor.

EMPER. (Con calma, con dulzura, pero con intencion.)

Tu bien futuro depende
 de tu respuesta; ella sola
 de mi enojo te defiende,
 ó fiera en tu pecho hiende
 la daga con que te inmola.

ESTREL. ¡Señor! ¡Señor! en mi pecho
 germina puro y feliz
 mi ardiente amor, satisfecho
 que de la suerte á despecho
 se arraiga más su raiz.

Pero mandais otra cosa,
 y humilde yo y obediente
 me resigno silenciosa.

EMPER. Tu madre, que en paz reposa,
 te bendice.

ESTREL. (Conmovida.) ¡Dios clemente!

EMPER. (Colocándose entre los jóvenes, y dirigiéndose gravemente á don Juan.)

¿Oiste, jóven?

D. JUAN. (Con amargura.) Oí.

Lo que he de esperar aquí
 ya lo sé; rompo mis lazos,
 que el corazon...

ESTREL. (¡Ay de mí!)

D. JUAN. Quiere saltar en pedazos.

EMPER. De su nefanda cadena,
 que tu valor lo emancipe.
 Marcha con frente serena
 donde sus huestes ordena
 para la guerra Felipe.
 En ella habrás de olvidar
 esos tormentos crueles,
 un renombre conquistar
 y la frente coronar.

de inmarcesibles laureles.

D. JUAN. ¡Don Felipe! Juzgaría (Con despecho.)
como crimen de heregía
mi volcánica pasión,
y apagarla pediría
á su santa inquisición.

EMPER. ¡Insensato! (Con cólera.)

D. JUAN. Partiré:

vuestra paz no turbaré;
mas la autoridad ignoro
con que aquí matais la fé
de la deidad que yo adoro. (Vá á partir.)

ESTREL. (Suplicante.) Un momento.

D. JUAN. No, la espina
aquí está, la llevo aquí. (En el corazón.)
Quien con amor raciocina
en vez de amar asesina;
me asesinastes á mi.

(Hácese como que vá á partir: Estrella le detiene: el Emperador está asombrado.)

ESTREL. (Tomándole de la mano.) ¡Don Juan! Atiende.

D. JUAN. (Pugnando por desasirse.) ¡Soltad!

ESTREL. Una palabra...

D. JUAN. (Iracundo.) ¡Oh, doblez!

EMPER. (Interponiéndose al ver que luchan, la una por detenerle, el otro por abandonarla.)

¡Estrella! ¡Jóven!

D. JUAN. Dejad...

y ¡para siempre!!! olvidad
nuestra maldita niñez.

(La empuja con ira. El Emperador, que desde que empezó don Juan á hablar ha demostrado en su semblante, ya la ira, ya la sorpresa, ya la zozobra, al ver que Estrella quiere seguir á don Juan, la detiene con imperio.)

ESCENA XI.

EL EMPERADOR.—ESTRELLA.

EMPER. ¡Estrella! detente: ¿dijo
que desde niña te amó...

ESTREL. Sí, sí, le idolatro yo...

¡Señor, de don Luis es hijo! (Con inspiración.)

(Este último verso lo pronuncia Estrella con énfasis: el Emperador se
aterra, y desde este instante se opera en él una transformación ex-
traña.)

EMPER. ¿Quién? ¿Don Luis? ¡Gran Dios! Sería...

(A esta palabra «sería» se asombra hasta de haberla pronunciado.)

ESTREL. Señor, le adoro y se vá...

EMPER. (Tomándola de la mano y con misterio.)

¡Estrella, tu amor está... (Reprimese.)

ESTREL. ¡Acabad...

(Se desprende de los brazos del monarca; quiere partir.)

EMPER. Tente... ¡hija mia!

(Al hacer esta exclamación vá á andar y no puede porque le acomete
un insulto de gota. Se apoya en el sitial.)

Tu amor... (Con horror,) ¡Imposible!!! (Aterrado.)

ESTREL. (Aterrada.)

¿No...

EMPER. ¡Estrella! ¡Estrella!

ESTREL. (Vacilante.)

¡Dios mio!

EMPER. (Con ira, mirando al cielo.)

¡Ah! ¡Señor! ¡Ah!...

ESTREL.

¡Qué sombrío

vapor...

EMPER. (Con profunda angustia.) ¡Estrella!

ESTREL.

Aquí... ¡Oh!...

(Cae desplomada.)

EMPER. ¡Justo Dios! Grandeza tanta
y dar un paso no puedo,
porque en la tierra me quedo
enclavado por la planta!
¡Ironía de la vida!
Yo soy el que fui terror

de la tierra, Emperador
de carne vil y podrida!!! (Riese con una carcajada histérica.)

Miserable condicion...

¡Socorro! ¡Socorro! Allí...

(Entrando dos ó tres criados, que van á auxiliarle; pero él les grita:)

Allí... (Señalando á Estrella: luego, como arrepentido de haberse impacientado.)

¡Piedad para mí!

¡perdon, justo Dios, perdon!

(Alzando las manos al cielo, cae de rodillas: los criados socorren á Estrella.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

Me mata la incertidumbre.
De Nicolás la tardanza
no me explico: los momentos
que dura su ausencia, pasan
lentamente, y en mi pecho
agudas espinas clavan.

El que espera desespera.
Acaso don Juan... me espanta

la idea de que se aleje... (Preséntase Nicolás. El Marqués se
le acerca con ansiedad.)

¡Ah! Nicolás...

ESCENA II.

EL MARQUÉS.—NICOLÁS.

NICOLÁS.

Deo gracias.

MARQ. ¿Le alcanzaste?

NICOLÁS.

Le alcancé:

rondando andaba las tapias del jardín.»—¿Qué se te ofrece? me dice, casi con rabiá, y en las órbitas los ojos brillando como dos áscuas. «Caballero,» dije entonces endulzando mis palabras, os suplica mi señora que, si estimais vuestra fama, vayais al momento á verla como cumplé á un alma honrada, Yo, que ví que es orgulloso, y que la piedad cristiana no inspira á ningun soberbio, segun el Padre Villalva en sus sermones predica, le dije:—»El Marqués declara

»que admite el reto, y que pronto
»á los filos de sus armas
»os hará morder la tierra.»

Marq. Hiciste muy mal.

Nicolás.

Hay almas

que son, señor, como el hierro:
no conseguireis doblarlas
si á la lumbré del orgullo
no lograis hacerlas áscuas.
En un mar de conjeturas
le sumieron mis palabras,
y viendo yo que con ojos
iracundos me miraba,
y que conocer podría
mi maliciosa bravata,
el rostro le presenté
cual si fundido se hallara
en el molde de un imbécil.
El, lanzando una mirada
de indiferencia, añadió:

»Márchate.»—¿Ireis?—«Sin tardanza.»

Marq. Vendrá... (Suspirando satisfecho.)

NICOLÁS. Sin duda, ya veis,
amor y celos le arrastran...

MARQ. ¿Y viene?... (Con suma ansiedad.)

NICOLÁS. (Con calma.) Escuchad.
Después, con mucha soflama,
díjome en tono... en un tono
de fingida y fría calma:
—«Vuélvete, dí á la señora...
dile...»

MARQ. ¿Qué? (Con ansiedad y angustia.)

NICOLÁS. Con repugnancia
detuvo las que decirme
quiso enérgicas palabras,
y las calló de tal modo
que las mató en su garganta.

MARQ. Mas al fin... (Siempre ansioso.)

NICOLÁS. Con un semblante
á modo del que le pasa
alguna cosa, y no llora,
y sin embargo, las lágrimas
se empeñan en desbordarse,
díjome:—«Sepa esa ingrata...» (Pausa.)

MARQ. Pero, Nicolás, ¿qué dijo?

NICOLÁS. Si no concluyó la cláusula.
Mostróse como el que piensa
una respuesta más lata;
y así que pasó la sombra
de un momento,—«De mis armas,
»exclamó, no ha de librarse
»el que ha de llevarla al ara;
»pues si es tan buen caballero
»como altivo en las palabras,
»cuerpo á cuerpo, en duelo á muerte,
»me lo probará su espada.»

MARQ. Que me place.—Nicolás,
Estrella aquí se adelanta. (Nicolás saluda y váse.)

ESCENA III.

EL MARQUÉS.—ESTRELLA.

ESTREL. ¿Os vais porque llego?

(En traje de boda; pero sin velo ni corona.)

MARQ.

Sí,

porque os será necesaria
la soledad.

ESTREL.

Ved que sufro...

MARQ.

Ya lo comprendo: ante el ara,
la mártir de su obediencia
dirigirá sus plegarias
al único Ser que puede
en su dolor confortarla... (Vase.)

ESCENA IV.

ESTRELLA.

¿Oh! ¡qué tormento! ¡qué lucha!

¡No hay remedio!—No, no basta

resignarse cuando quiere

vencer, dominar el alma.

(Preséntase don Juan.)

ESCENA V.

ESTRELLA.—DON JUAN.

ESTREL. ¡Ah! (sorprensida.)

D. JUAN.

Señora, mi presencia

es la de un hombre maldito

que os espanta, ó la conciencia

os inspira la vehemencia

de vuestro férvido grito?

ESTREL. ¿Por qué venís, desdichado?

D. JUAN. Porque vos me habeis llamado;

y siendo yo tan cortés,
 un solo punto he dudado
 y dudé... por el Marqués. (Con sarcasmo.)

ESTREL. ¡Don Juan! ¡don Juan! por piedad,
 no lanceis esa mirada
 de vengativa crueldad
 á la mujer desgraciada
 que implora vuestra bondad.
 Derecho os sobra, lo sé,
 para desdeñarme; yo,
 ni vindicarme sabré;
 mas Dios que nos oye, vé
 que no soy culpada.

D. JUAN. (Sarcásticamente.) ¿No? (Pausa.)

No era la España bastante
 rica para mi ambicion,
 y en mi proyecto constante
 volé á otro reino distante
 en alas de mi pasion.
 Surcó el mar: á la sonrisa
 de una aurora, en corva raya,
 entre la niebla, indecisa
 la vista, por fin divisó
 de Italia hermosa la playa.
 Hinchábase el pardo lino
 del aura al rodar sonante,
 y el líquido cristalino
 cortaba el alado pino
 entre la espuma flotante.
 En sus doradas arenas
 el Mincio vió mis pesares;
 llevó entre sus azucenas
 las lágrimas de mis penas
 con su tributo á los mares.
 Cantaban los ruiseñores,
 y entre perfumes y flores
 y el sol, que el aire doraba,
 el ángel de mis amores
 pensé que se levantaba.

Le miro aquí... (Con desencanto.)

ESTREL. (Aludiendo á su traje de boda.) Pobres galas ni val
de nécia pompa exterior:

(El Marqués los observa sin ser visto de ellos.)

¿no ves, cuando las señalás,

que está plegando sus alas

la tórtola sin su amor?

Joyas son, que doblarán

del suplicio los horrores;

víctima á quien muerte dan,

á sacrificarme van

y me coronan de flores.

D. JUAN. Corona de blancas rosas, (Apasionadamente.)

que aromarás con tu aliento,

pondré en tus sienas hermosas,

y entre sus flores vistosas

colocaré un pensamiento.

ESTREL. Don Juan, imposible.

D. JUAN. (Con sorpresa.) ¡Cómo!

ESTREL. Mi amor es una pasión,

pero me venzo y la domo,

me sirve de cruz, la tomo,

y marchó á mi salvacion.

Dejadme luchar, don Juan,

y los dos la vida eterna

lograremos.

D. JUAN. (Iracundo.) ¡Néicio afán!

ESTREL. Cara á cara á Dios verán (Con vehemencia.)

si la autoridad paterna

los hijos acatan.

D. JUAN. (Con ira.) Vé,

corre al altar, fementida;

ESTREL. ¡Os falta, don Juan, la fé! (Asombrada.)

D. JUAN. (Con ira.) ¿Qué cosa es fé?

ESTREL. ¡Don Juan! ¿Qué?

La santa luz de la vida.

Es el faro salvador

que en este mar iracundo

lleva al puerto bienhechor,

donde premia un Dios de amor
los infortunios del mundo.

(El Marqués á alguna distancia pugna por acercarse á los interlocutores, pero se vence:)

¿Qué cosa es fé? La confianza
que el alma á los cielos lanza,
que rige á la voluntad,
y que inspira la esperanza
y alienta la caridad.

Es la fé don sin segundo
que al mártir en sus horrores
le hace hermoso el mal profundo,
y le transporta á otro mundo
de querubines y flores. (D. Juan parece como que se conmueve.)

¡Ah! Que me habeis comprendido:

juntos hemos aprendido
nuestra santa religion...

y ¡qué! ¿se habrá corrompido
vuestro español corazon?

Esas lágrimas que brotan
á mis acentos, denotan;
que os inmolais al deber;
dejadas, don Juan, correr,
que os honran, si no se agotan.

D. JUAN. (Resuelto.) Estrella... no.

(Fuertemente impresionado procurando vencer su turbacion y ocultar sus lágrimas.)

ESTREL.

¡Por piedad!

venced vuestra resistencia.

Conquista su libertad,
el que ama la autoridad
de quien sufre dependencia.

Acatad de corazon
vuestro deber, que es razon.

¡Por el que nació en Belen!

pues padres y reyes son
sus ministros para el bien.

D. JUAN. ¿El sacrificio mayor, (con reprimido despecho.)
señora, exigís de mí?

- No puedo...
- ESTREL. Dios dá el valor
á medida del dolor.
- D. JUAN. No... no. (Decididamente.)
- ESTREL. (Después de un momento de vacilacion y como inspirada de un alto pensamiento.) ¿Sois honrado?
- D. JUAN. (Después de dudar, vencido por la actitud de la jóven.) Sí.
(Estrella le toma la mano como para exigir un juramento, presentándole la cruz que lleva al cuello pendiente de una cadena; pero ambos quedan confundidos á la preseucia del Marqués, un criado y dos damas que le acompañan. El criado coloca sobre la mesa un azafate que contiene un rico velo de gasa blanca, y una corona de azahares. Ante el Marqués, los amantes quedan, Estrella como aterrada, confundida de rñor, don Juan reprimiendo su corage.)

ESCENA VI.

ESTRELLA.—DON JUAN.—EL MARQUÉS.—UN CRIADO.
DOS DAMAS.

- MARQ. Pon en la mesa el azafate.
- ESTREL. ¡Cielos!
- MARQ. Márchate al punto.
(Al criado, que habiendo hecho lo que le dijo, viene como á recibir nuevas órdenes.—Pausa.)
- D. JUAN. ¡Caballero!
- MARQ. Dobla
tu eficacia, Guillermo, y haz que pronto
el nupcial aparato se disponga.
(El criado, oidas las últimas disposiciones del Marqués, hace una reverente cortesía y váse.)
- D. JUAN. ¡Caballero!
- MARQ. (A las damas.) Tomad esos adornos;
colocad en las sienes de la novia
el velo... (Estrella se adelanta hácia las damas.)
- D. JUAN. ¡Vive cristo!
- ESTREL. (Con santa resignacion.) ¡Dios Eterno!
- MARQ. Toma, Rosmunda, la nupcial corona.—

Este símbolo hermoso de pureza,
cuando inocentes, como tú, le tocan,
augura que la suerte á quien le cinge
con áureas flores los caminos borda.

(Las damas adornan á Estrella poniéndole la corona y el velo. Concluyen
y se retiran llevándose el azafate: mientras tocan á Estrella, el Mar-
qués, acercándose á don Juan, le dice con exquisita bondad:)

MARQ. Vos, caballero...

D. JUAN. (Colérico.) Refrenad el lábio,
y el fuerte acero á vuestra voz responda.

En guardia, ; vive Dios! que el tiempo vuela
y está mi espada de venganza ansiosa.

ESTREL. ; Ah! dejadle, Marqués, os lo suplico.
Ved que el estambre de mi vida corta
el filo del acero que á su pecho
se dirija: os lo pido...

(Quiere arrodillarse, el Marqués lo impide.)

MARQ. No... le abona
el idólatra amor que le enagena.

D. JUAN. ; Callad! callad! Mi corazon os ódia.

ESTREL. (Interponiéndose entre los dos.)

Os amaba, don Juan, hace un momento,
con aquella pasion encantadora

que Dios bendice, cuando ve dos almas

que padecen y callan y se adoran:

mas cuando miro que soberbio y fiero

de mi obediencia desprecias la joya;

cuando sé que rebelde, inobediénte,

ha de ser quien se llame vuestra esposa,

herido el triste corazon comprendo

que quien la frente á su deber no dobla,

se vuelve contra Dios, le desconoce,

y su ira celestial feroz provoca.

(Despues de breve pausa, y con la mayor ternura.)

Te devolviera la perdida calma,

aun de mi paz y mi existencia á costa,

si lágrimas y amor pudieran tanto...

(Pausa: luego dice hastada en llanto.)

Apelo á tu virtud,

(Procurando contener sus lágrimas, con fingida serenidad, se dirige al Marqués y le dice:)

Señor, ya es hora.

D. JUAN. (Después de luchar consigo mismo.)
 Defente, Estrella, y á tus pies rendido
 mi altiva sangre su furor deponga,
 que ya en el pecho mi esperanza encierro
 y en mar de llanto el corazón se ahoga.
 Vé serena al altar, que resignado
 sufriré mi desdicha: la aureola
 de tu santa virtud, para tus hijos
 será en el mundo resplendente antorcha.

ESTREL. Adios, don Juan. (Muy conmovida.)

D. JUAN. Adios; que el ángel bueno
 que te sirve de escudo y de custodia,
 sobre el tálamo estienda el iris puro
 de paz emblema y de sus alas sombrá. (Va á partir.)

MARQ. Tened, don Juan, que la virtud do quiera
 el láuro obtiene de inmortal victoria,
 y yo alcanzo la mia con vencerme.

ESTREL. ¡Qué!

D. JUAN. ¡Qué!

MARQ. No hay triunfo sin lucha; que mis donas
 están en esta mano. Sed felices.
 (Colocando la derecha de Estrella en la de D. Juan.)

D. JUAN. ¡Qué escucho!

ESTREL. ¡Dios eterno!

MARQ. Sí, palomas

al arrullo del aura adormecidas,
 el sácre que al pasar las acongoja,
 les teje el nido, y generoso vuela
 dejándolas tranquilas y dichosas.

ESTREL. ¡Ab! Sois un ángel.

D. JUAN. De bondad sublime
 modelo inimitable.

MARQ. Me sonrojan...
 No soy más que cristiano.

ESTREL. Nunca... nunca...

(El Marqués se le acerca con vivo interés; D. Juan está asombrado; Es-

trella dice al Marqués.)

Hay séres que padecen y se inmolan
porque huérfanos viven en el mundo:
solo allí son felices.

(Señalando al cielo, después dice con angustia.)

Misteriosa

voz en mi oído resonando, grita...

¡Es la voz de mi madre!

(Pausa : dirigiéndose á D. Juan, añade con fuego.)

Parte, implora

de la cesárea magestad la vénia...

MARQ. Dejad, dejad que de mi cuenta corra. (Procurando calmarse.)

ESTREL. ¡No dijo que mi amor es imposible?

(Con terror, hablando consigo misma.)

D. JUAN. ¿Qué dices?

ESTREL. ¡Oh! Don Juan, si nuestra boda
no bendice, temed... temed...

D. JUAN. (Asombrado.) ¡Estrella!

ESTREL. ¿Y mi madre, Marqués?

MARQ. Os galardona
con raudales de amor desde la altura.

(La muestra el anillo que el Emperador le dió en el acto primero: Estrella, sorprendida de gozo dice:)

ESTREL. ¡El anillo imperial!

MARQ. (Con júbilo.) El César goza
cuando con mano paternal derrama
beneficios sin fin... ¿Veis esta joya?
¡os garantiza mi palabra!

ESTREL. (Con júbilo.) ¡Cielos!

MARQ. Os juro que bendice vuestra boda.

ESTREL. ¡Ah! ¡Marqués! Noble amigo...

MARQ. Rica dote
por mi cariño fraternal...

ESTREL. Me colma
de noble admiración grandeza tanta!

MARQ. Si os imito en virtud, de vos es obra.
Sed mis amigos, mis hermanos.

ESTREL. {Con efusión de gratitud.} Sea...

D. JUAN.

(Queda el Marqués en el centro. Estrella y don Juan á los lados.)

MARQ. Ardiendo espera la nupcial antorcha.
Venid, venid, y volveréis conmigo
á darle la sorpresa más hermosa. (Con entusiasmo.)

ESTREL. ¡Alma grande!

D. JUAN. (Respetuoso.) Señor...

ESTREL. (Mirando al cielo.) ¡Madre querida!

MARQ. ¡Aplaudé! (Con énfasis, á Estrella.)

ESTREL. (Con júbilo.) ¿Sí?

(D. Juan, gozoso, vá á tomar á Estrella de la mano para sacarla del teatro, pero el Marqués se interpone, y le dice con paternal afecto.)

MARQ. Don Juan, á mí me toca.

(Antes de salir á la escena, se oye la voz del Emperador, que, con enojo, dice á un criado.)

ESCENA VII.

EL EMPERADOR.—UN CRIADO.

EMPER. Pues marcha á su encuentro, dile
que está el señor Arzobispo
de Toledo, á pocos pasos, (Sale á las tablas.)
y que despues de las cinco,
aquí, con don Luis Quijada,
y otros leales amigos,
llegará; que todos vienen
de Valladolid. (Váse el criado.)

ESCENA VIII.

EL EMPERADOR.

¡Dios mio!
por más que quiero calmar
mis ímpetus, no consigo
que el corazon permanezca
indiferente y tranquilo.
¡Atrás, visiones hermosas
de aquellos tiempos queridos!

en que asombraban al mundo
 las glorias de Carlos Quinto,
 cuando fué sobre la tierra
 cuanto pudo, y cuanto quiso!

ESCENA IX.

EL EMPERADOR.--NICOLÁS.

NICOLÁS. ¡Señor, señor! (Muy gozoso.)

EMPER. Nicolás,
 adelántate: ¿qué ha sido?

NICOLÁS. Ya salió de Jarandilla
 la comitiva.

EMPER. ¿La has visto?

NICOLÁS. Pero es seguro que viene
 rumbo acá.

EMPER. ¿Quién te lo ha dicho?

NICOLÁS. Don Luis Quijada os remite
 con Gabriel un pliego escrito;
 salgo, le encuentro, le paro,
 me le muestra, se lo exijo,
 me le niega, le reprendo,
 en vuestro nombre le pido,
 se rebela, le acometo,
 grita soberbio, le grito,
 avanza á mí, yo le avanzo,
 lucha fiero, le resisto,
 lánzole á tierra, le dejo,
 viene trás mí dando ahullidos,
 corro, vuelo, llego, os hallo...

EMPER. ¿Pero el pliego? (tracundo.)

NICOLÁS. (Sacándosele del seno.) Entero y limpio.

EMPER. Así me gusta. Al Marqués
 que venga al punto. (Vase Nicolás.)

(Toma rápidamente el pliego, rompe la nema. Se recomienda esta difícil escena. Aquí, á juicio del autor, se pinta el carácter del monarca.)

ESCENA X.

EL EMPERADOR.

Palpito
 como un azogado. ¡Cielos!
 ¡Del secretario de mi hijo!
 »El monarca, nuestro amo...» (Leyendo.)
 Apenas ¡gran Dios! respiro.--
 »Va con próspera fortuna (Sigue leyendo.)
 »de la gloria al régio Olimpo.»
 (Suspende la lectura y dice con enojo.)
 ¡Siempre recuerdos paganos!
 »Habiéndose decidido (Sigue leyendo.)
 »por la Francia el Santo Padre,
 »con fiera hueste de altivos
 »castellanos, el de Alba
 »puso á Roma estrecho sitio.
 »Paulo Cuarto, intimidado,
 »al punto las paces hizo,
 »de modo, que ya no tiene
 »del francés, el fuerte arrimo
 »del que es, señor, en la tierra
 »Vicario de Jesucristo.
 »Marcha el duque de Saboya,
 »de nuestras tropas caudillo,
 »contra San Quintín; combaten
 »los ardientes enemigos,
 »y despues de rudas pruebas
 »adánse el francés á partido...»
 (Le ahoga el gozo, respirando dice.)
 ¡Gran Dios! (Sigue leyendo.)
 »Nuestro soberano
 »de Flandes deja el asilo,
 »y llegando á San Quintín
 »apura y estrecha el sitio...
 »Triunfamos...» (Suspende la lectura y dice enagando.)
 ¡Ah! reconozco

mi sangre en él! (Sigue leyendo.)

«Del conflicto

»piensa que sale el francés

»proponiendo un armisticio.

»Le acepta su magestad...»

(Al llegar aquí suspende la lectura y poniéndose de pié y adelantándose al primer término, exclama:)

¡Ira de Dios! ¡Qué he leído!

¡Hacer las paces, teniendo

cien generales invictos;

un ejército cual pocos

han contemplado los siglos;

la infantería española

terror del mundo!... Ni un niño

cometiera la imprudencia

que Felipe ha cometido.

Si ante las huestes que lidian

yo me encontrára ¡Dios mio!

el Sena fuera á los mares

en sangre francesa tinto! (Lanza la carta sobre la mesa.)

Yo mi glorioso estandarte

quise tremolar altivo

de un mundo al otro, llevando

triunfante el catolicismo...

Mas Felipe... ¡Qué!... ¡Felipe!...

Felipe no me ha entendido.

(Está de frente al público, al volverse, con dificultad, á causa de la gota, entra presuroso el Marqués.)

ESCENA XI.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¡Qué! ¡ya lo sabeis!!! (Sobresaltado.)

EMPER. ¡Qué cosa?

(Reponiéndose un momento y sobrecogiéndose ante la inquietud del Marqués.)

MARQ. (Disimulando.) Nada.

EMPER. ¡Imposible!

- MARQ. (Perplejo.) Colijo...
- EMPER. (Con autoridad.) Dime lo que haya, al momento.
- MARQ. Pero, señor, no concibo...
- EMPER. Marqués, á tus pocos años es el rostro un terso vidrio donde el corazon retrata sus pensamientos más íntimos. Dime, ¿qué pasa?
- (Tomándole de la mano y mirándole fijamente.)
- MARQ. (Disimulando.) Os encuentro montando en cólera; miro una carta en esa mesa; de Valladolid recibo letras, luego...
- EMPER. ¡Qué!
- MARQ. Sin duda...
- EMPER. ¡Misterios! ¡Siempre lo mismo! que nunca sepan los reyes la verdad!
- MARQ. (Perplejo.) Por los indicios ¿sabeis que en la córte... acaso...
- EMPER. ¡Ah! Marqués; ¿qué ha sucedido?
- MARQ. (No lo sabe.) Nada... nada...
- EMPER. Algun suceso inaudito está pasando. (Con mirada indagadora.)
- MARQ. (Turbado.) Señor...
- EMPER. Pues yo te mando, te exijo...
- MARQ. En esta carta me dicen que cunde el luteranismo!
- EMPER. ¡Santo Dios! ¡Ah, Santo Dios!
- MARQ. Que Valladolid ha sido del escándalo teatro; que venerables patricios están ya presos, á causa de estar del crimen convictos; que pueblan los calabozos personajes distinguidos; que el canónigo Cazalla propaga el error maldito...

EMPER. (Asombrado.) ¡Eterno Dios! Reconozco
que aquí me das el castigo
de mi bondad con Lutero.

(Como reconviéndose.)

Pude triunfar del inícuo;
le empeñé mi real palabra
de escuchar sus desvaríos;
respeté su libertad;
no dí su cuello al cuchillo,
y aun faltando á mi promesa
hubiera á mi Dios servido;
que quien rompió el juramento
que al Rey de los reyes hizo...

(Arrepintiéndose de lo que dice, exclama.)

Pero no, torpe sofisma;
como quien soy he cumplido;
que el rey que á faltar se atreve
á su menor compromiso,
más que rey, es un villano,
de todo respeto indigno. (Pausa.)

(Tomando la mano del Marqués, dominado de una idea luminosa.)

La tierra que con su sangre
fecundizó Hermenegildo,
tiene en su seno el Jordan
del Tajo al Ter cristalino;
de Genazaret las aguas,
sustento de sus olivos;

(Vá inflamándose progresivamente.)

de Jericó los rosales,
Cedrón que les dé rocío,
un Tabor en cada cumbre
donde se alza Jesucristo;
árboles para cruz
como los cedros de Libano;
la espada de San Fernando
que venza al luteranismo,
y pueblo y reyes que arranquen
la ruin cizaña del trigo.

(Resuelto.)

Saldré del claústro al momento
á combatir contra el siglo.

(Entra un criado y dice alto al Marqués.)

CRÍADO. Señor, que venir desean. (Vase.)

(El Marqués se turba, quiere salir del teatro, se detiene, y á hablar,
no puede.)

EMPER. ¡Qué, Marqués! ¡otro peligro?

ESCENA XII.

EL EMPERADOR.--EL MARQUÉS.--Luego ESTRELLA y
DON JUAN.

MARQ. Sé que mirando el tormento
que tanto Estrella ha sufrido,
no hubiera jamás podido
hacerse mi casamiento.

EMPER. No te entiendo.

MARQ. Padre yo,
lo mismo hubiera pensado...

EMPER. ¡Qué! ¡Cómo! ¿te ha desairado?...

MARQ. ¡Ah! Mi valor la salvó.

EMPER. ¡Tu valor! ¡qué!...

MARQ. Mi valor.

Le tuve para vencerme;
yo dije á mi pecho: «aduerme,
aduerme, infeliz, tu amor,»
y la casé.

EMPER. (Dando un paso atrás.) ¡Dios de Dios!

MARQ. Se amaban y se amarán...

EMPER. ¡Marqués! ¡Marqués! ¿Dónde están?
(Violentamente irritado.)

ESTREL. } A vuestras plantas los dos.
D. JUAN. }

EMPER. ¿Qué habeis hecho? (Al Marqués.)

MARQ. A dos que gimen

hacer felices.

EMPER. ¡Alzad!

Del pecho ese amor lanzad

porque ese amor es un crimen.

ESTREL. ¡Señor!

D. JUAN. (Suplicantes.) ¡Señor!

EMPER. (Rechazándolos.) No: barrunto
que la tierra que os sustenta,
en ancha grieta revienta
para tragaros al punto.

ESTREL. ¡Don Juan! (Horrorizada.)

D. JUAN. (Abrazándola.) ¡Estrella!

EMPER. Al momento
huye, infeliz!!! (Los aparta.)

D. JUAN. ¡Quién podrá
separar...

EMPER. Polvo te hará
un rayo del firmamento.

ESTREL. En indisolubles lazos
nos ata á entrambos la suerte.

EMPER. ¡Infeliz!

ESTREL. (Con energía.) Sólo la muerte
pudiera hacerlos pedazos.

EMPER. Aparta.

ESTREL. Dejadme.

EMPER. (Colocándose entre los esposos.) ¡Quita!

ESTREL. Es mi esposo.

EMPER. Ni le veas...
porque maldita no seas
de tu madre!

(Empujándola hacía una de las puertas laterales, con ímpetu.)

ESTREL. ¡Yo! ¡Maldita!

EMPER. Sí. (Enérgicamente.)

ESTREL. ¡Maldita!

D. JUAN. ¡Estrella!

ESTREL. ¡Madre!

Aunque la vida me cueste; (Resuelta.)
abandonarás por este
á tu madre y á tu padre.

(Dice estos versos con fuego; el Emperador la arranca de los brazos de don Juan, exclamando:)

EMPER. ¡Ah! No, no...

ESTREL.

¡Don Juan!

(El Emperador la empuja hácia su habitacion y cierra la puerta colocándose delante, fuera de si, para impedirle la entrada á don Juan, que se queda un momento indeciso, pero cuando habla, está como dispuesto á atropellar al Emperador y penetrar en la habitacion donde se encuentra Estrella.)

MARQ.

(Con ansiedad.)

¡Señor!

¿qué pasa, decid...

EMPER.

¡Marqués!

(Como saliendo de un sueño horrible.)

castigo del cielo es

por mis culpas este amor.

(El Marqués está aturdido. D. Juan, en el colmo de su desesperacion, vá á seguir á Estrella diciendo.)

D. JUAN. No más respetos humanos.

EMPER. ¡Tente! tente. (Interponiéndose con magestad.)

D. JUAN. ¿Y quién sois vos... (Colérico.)

EMPER. Soy tu Dios, despues de Dios.

(Don Juan queda estupefacto. El Emperador toma rápidamente de una mano al Marqués, y llevándolo al primer término, le dice:)

¡Marqués! ¡Marqués! ¡Son hermanos!

(El Marqués se cubre el rostro con ambas manos, dando un grito de sorpresa. Don Juan ignora lo que ha dicho el Emperador. Este impone á don Juan con su mirada.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.—DON JUAN.

Aparece don Juan en actitud de una persona meditabunda, á quien doujna un profundo abatimiento: el Marqués, á alguna distancia, como observándolo; después de unos momentos se le acerca y le dice:)

MARQ. ¿Todavía?

D. JUAN. Contemplad
el cuadro de mi dolor,
y decidme si es injusta
mi atroz desesperacion.

MARQ. ¿Desesperar? ¡un cristiano!

D. JUAN. Pero responded, por Dios;
¿qué palabra misteriosa,
en vuestro oido sonó,
que os dejó petrificado,
que mudásteis de color,
que os ensimisma? ¿Qué os dijo?
¿Saberlo no puedo?

MARQ. No:
hay palabras que son flechas

que matan el corazón.

D. JUAN. Clavadme en él vuestra espada,
antes que la espina atroz
de esta duda matadora
que enloquece mi razón.

¿Es, decidme ¡vive el cielo!

que puede ese Emperador

destrozar el santo nudo

que ha formado el mismo Dios?

¿Quién es ese hombre, Marqués,

para doblar mi furor,

y que mi bien me arrebatara

contra justicia y razón?

MARQ. Ese hombre, es, don Juan, un libro
escrito por un autor

que quiere dar á los pueblos

la más sublime lección.

En alas de su soberbia

de triunfo en triunfo iba en pos;

le dió sus palmas la gloria,

su sangre el pueblo le dió:

«¡Más allá!» grabó en su escudo,

y tremoló su pendon,

coronado de laureles,

desde el Norte al Ecuador

y del Ecuador florido

hasta el ígneo Patagon.

Ya lo sabéis, de dos mundos

el aéreo cetro empuñó;

tembló la tierra á su planta,

y fiero conquistador,

al carro de su victoria

pueblos y reyes ató.

Audaz, altivo, soberbio,

sin más ley que su ambición,

idólatra de sí mismo...

D. JUAN. ¿Qué le faltaba? (Interrumpiéndole con sarcasmo.)

¿Ser Dios?

y tal vez eso querria.

MARQ. En la humana condicion,
 quien siempre ha sido el primero
 no consiente superior.
 Mas lo que llaman los hombres
 la fortuna, le volvió
 la espalda y de nueva gloria
 buscó refulgente el sol.
 Vino al claustro, despojado
 del aurífero esplendor;
 quiso abatirse, y él mismo
 abatido se juzgó.
 Mas cuando vió la tristeza
 de su elegida mansion,
 de la soberbia el demonio
 nuevamente le tentó,
 y á brazo partido lucha
 con el claustro y su ambicion.
 Quiere salir, y reinar,
 rendir al mundo á su voz,
 y sofocar la heregia
 que su desden fomentó;
 quiere otras veces morir
 con sublime abnegacion,
 y discurre como sábio
 que del mundo renunció.
 Mas, de repente, se altera,
 se electriza de furor,
 y hastiado, aburrido, aspira
 á nueva dominacion.
 No sabe él mismo qué quiere,
 porque esclavo de su Yó,
 mezcla de bueno y de malo,
 quiere, en cualquier condicion
 en que se encuentre, elevarse
 sobre el pedestal de un dios.

D. JUAN. Ese es un mónstruo, Marqués.

MARQ. No es más que un hombre. (Con ironia.)

D. JUAN. (Dudando, con sarcasmo.) ¡Quién! ¡Oh!
 La historia de la soberbia. (Con amargura.)

- MARQ. Con todo, su corazón
noble, grande, generoso,
es digno de un rey.
- D. JUAN. Pues yo
¡vive el cielo! no consiento
que sacrifique mi amor...
- MARQ. Y ¿qué hareis?
- D. JUAN. Partir al punto
donde ni escuche su voz,
¡y hasta salir de la tierra!
Venga mi esposa...
- MARQ. ¡Ilusion!
- Quizas, don Juan, cuando os hable,
ante el eco seductor
de la mágica palabra
de un monarca...
- D. JUAN. ¡Ira de Dios!
no penseis que ante su planta,
como vil adulator
cortesano sin conciencia,
voluntad ni corazón,
me postre humilde esperando
una sonrisa, eso no.
Los reyes son de la tierra
cual delicado vapor
que se levanta á los aires
purpurado por el sol.
A los reyes hay que verlos
como á las nubes.
- MARQ. ¡Qué! ¿vos?...
- D. JUAN. Yo los miro desde lejos
para tener ilusion.
- MARQ. Mas vos, en fin...
- D. JUAN. Al instante
quiero partir.
- MARQ. (Perplejo.) Ved que...
- D. JUAN. Soy
feliz como mi casta esposa,
y el tesoro de su amor.

- será mi mayor tesoro.
- MARQ. Sabed... (Arrepintiéndose de lo que iba á decir.)
- D. JUAN. No más dilacion.
- MARQ. Acaso...
- D. JUAN. Nada pretendo.
- MARQ. Esperad dos horas, dos,
- D. JUAN. Mas... ¿qué teneis? ¿qué misterio?...
- MARQ. ¿No decís, don Juan, que sois...
- D. JUAN. El esposo prometido
de Estrella.
- MARQ. (Mi confusion
se aumenta.) ¿No sois el hijo
de don Luis?
- D. JUAN. No.
- MARQ. ¿Cómo! ¿No?
- (Señal afirmativa de don Juan.)
- Tal vez vuestro padre quiera
desbaratar esta union;
tal vez medie un imposible...
- D. JUAN. Sabrá vencerle mi amor.
- MARQ. Estrella es humilde...
- D. JUAN. Tiene
por patrimonio y blason
el trono de su virtud.
- MARQ. ¡Ah! teneis...
- D. JUAN. Espero en Dios.
- MARQ. Mas vuestro padre... (Con intencion.)
- D. JUAN. (Con amargura.) Mi padre...
hará lo que quiera yo.
- MARQ. ¡Don Juan! ¡Don Juan! Me confundo.
Se acerca el Emperador. (Procura alejar de la escena á
don Juan.)
- D. JUAN. Aquí me hallará.
- MARQ. (Carñosamente.) Dejadme
hablarle á solas...
- D. JUAN. No: no.
- MARQ. Dejadme con él, y os juro...
- D. JUAN. No jureis. (Con magnanimidad.)
(El Marqués le estenderá la mano en señal de gratitud; y don Juan

tomándola con efusion de cariño, le dice:)

Me basta.

MARQ. }
D. JUAN. }

Adios.

ESCENA II.

EL MARQUÉS.—EL EMPERADOR.

EMPER. (Con pesadumbre.) ; Huye de mí?

MARQ. Volverá,

por que su amor es ardiente,
y á medida que se aumenta

la privacion, crecerá.

Su rica, imaginacion
se embota desfallecida,

porque, á torrentes, la vida
brotó de su corazon.

Ese amor puro, ideal,

; Oh! gran señor, vale tanto,

que hacer puede á un hombre santo
si no le hace criminal.

EMPER. Buen Marqués, tú me comprendes

porque eres justo y discreto,

y al decirte mi secreto

de tí mismo me defiendes. (Pausa.)

Tiene la edad juvenil

tan encantados primores,

como perfumes y flores,

aves y luces Abril.

MARQ. ;Es verdad! (Con melancolia.)

EMPER. Si en vez de hallar

quien nos hable de virtud,

se dice á la juventud:

«¡Solo hay un bien, y es gozar!»

¿quién piensa en el porvenir

si es tan hermoso el presente,

y con ir con la corriente

se va gozando... á vivir?

Mas cuando el hombre conoce
 que hasta el abismo descende,
 en vano subir pretende
 lo que bajó para el goce.
 ¡Oh! ¡qué lucha! hay que marchar
 contra la corriente arriba...
 el mundo su mofa aviva
 mientras más mira luchar
 al que vicioso aplaudió:
 en tan desigual pelea,
 la virtud su fuerza emplea,
 más grita Luzbel: «¡No, no...!»
 y como sin sacrificio
 del sensualismo la palma
 se alcanza, vencida el alma
 descende hasta el precipicio!
 Yo lo comprendo, Marqués,
 y al ver á Estrella y don Juan,
 se ha renovado el afán
 del tormento en que me ves.

MARQ. Permitidme si indiscreto
 el corazon os lastimo...

EMPER. En prueba de que te estimo
 vas á saber mi secreto.—
 A la muerte de mi esposa
 á Ratisbona pasé,
 y su pérdida lloré
 en soledad angustiosa.
 Iba el tiempo eslabonando
 unos tras otros los dias,
 y al par, de las penas mías
 los duros hierros limando.

(Toma la mano del Marqués, y mirándole fijamente y como tratando de persuadirle y obtener su benevolencia, le dice con apasionado acento:)

Rindió mi adusta esquivéz
 un ángel... de quien cautivo...
 servíante de atractivo
 las tocas de su viudez.

MARQ. ¿Era viuda? (Con sumo interés.)

- EMPER. Y era madre
de una niña...
- MARQ. ¿Estrella?
- EMPER. Sí,
de Estrella, á quien acoji
con el cariño de padre.
- MARQ. ¿No vive su madre?
- EMPER. No;
pagó á la tierra el tributo,
dejándome un niño, fruto
de nuestra amistad.
- MARQ. (Con interés.) ¿Murió
aquel niño?
- EMPER. El niño vive,
ignora su condicion,
y esmerada educacion
de Luis Quijada recibe.
De mi estudiado abandono
el único intento era,
que Felipe no tuviera
quien codiciara su trono.
- MARQ. ¿Pero ese niño es Don Juan?
(Señal afirmativa del Emperador.)
¿Y Estrella su hermana?
- EMPER. Sí.
- MARQ. ¿Vuestro hijo ha venido aquí?
- EMPER. No. (Secamente.)
- MARQ. ¿Conocéisle?
- EMPER. No.
- MARQ. (Con júbilo.) Van
mi entendimiento alumbrando
los rayos de una esperanza...
- EMPER. ¿Qué dices? (Con suma ansiedad.)
- MARQ. (Hablando consigo mismo.) Si, más se afianza
mi conviccion, meditando
en este asunto. Comprendo...
mas siempre queda una duda...
(Dirigiéndose al Emperador.)
¿Me dijisteis que era viuda?...

EMPER. ¡Vive Dios! que no te entiendo (Con enojo.)

MARQ. A la que amásteis rendido...

¿fué Bárbara de Blomber?

EMPER. ¿Como pudiste... saber (Con asombro.)

MARQ. Ni nunca un misterio ha sido,

ni en tratándose de amor

hay en palacio secreto,

pues suele ser indiscreto

quien priva por tal favor. (Pausa.)

¿A Estrella y don Juan decís

que vuestro amigo los cria?

(Señal afirmativa del monarca.)

¿Están en Villagarcía?

EMPER. (Con ansiedad.) Sí.

MARQ. ¿No sabéis que don Luis

daba á otro niño su pan?

EMPER. (Con sorpresa.) ¿Él? ¡No tiene sucesion!

MARQ. Ya lo sé.

EMPER. Mas, ¿qué razon?...

MARQ. Se llama tambien don Juan

el niño, hombre ya...

EMPER. ¡Gran Dios!

MARQ. ¿Acaso?...

EMPER. ¡Qué!...

MARQ. Ser podria

ése jóven...

EMPER. ¡Duda impía!

¿Dices que son dos? (Alterado.)

Son dos.

MARQ. Que venga ese mozo. (Con autoridad.)

EMPER. (Dudando.) Ved...

MARQ. Venga ese mozo, al momento.

EMPER. Ved...

MARQ. (Con ira.) Miro que es un tormento

la incertidumbre.

MARQ. Atended

á la razon; es valiente,

osado, terco, ¿y si fuera

de vuestra sangre y quisiera

UNA CORONA...

(El Marqués, después de un momento de solenne silencio, vá á partir; estremecido de dolor el monarca le detiene.)

EMPER.

¡Detente!...

Tente, sí. Quien no domina
sus pasiones, llega un hora
que el corazón le devora
la sierpe que me asesina.

(Después de una pausa, como inspirado, y tomando una resolución.)

A poca distancia está
don Luis, llegará al instante...

(Se divisan, ya cerca, dos religiosos, calada la capilla misteriosamente dice al Emperador el Marqués:)

MARQ.

Gente viene.

EMPER.

(viendo á los sacerdotes, reponiéndose instantáneamente, dice con amargura:)

 Mi semblante

mi tormento ocultará, (Sonríe irónicamente.)

(Vase el Marqués.)

ESCENA III.

EL EMPERADOR. — DOS RELIGIOSOS.

RELIG. Señor, la comunidad...

EMPER. Ya he visto á los padres juntos.

RELIG. Al oficio de difuntos

invita á su magestad,

EMPER. Yo la acompaño en su duelo,

y á la par de su oracion,

irá de mi corazón

la triste plegaria al cielo.

RELIG. Su magestad...

EMPER.

 No, no asisto,

como quise, al funeral,

porque mi rebelde mal

me agobia, padre.

RELIG.

 No insisto.

(Después de un momento de silencio.)

Satanás, con torpe ardid,
pretende en el pueblo ibero
la doctrina de Lutero...

EMPER. Sé, padre... (Se extremece; dominándose, dice irónicamente.)

RELIG. En Valladolid...

EMPER. El rey por España vela,

(Con marcada ironía, dominando su impaciencia.)

y Dios alumbra su juicio. (Viendo que no se marcha.)

Cuando termine el oficio,

envíadme una candela,

que voy también al entierro.

RELIG. Quedad con Dios. (Vanse.)

EMPER. Él aumente

(Siguiéndoles con la vista hasta que salen del teatro.)

vuestros días. (Como libertando su corazón de un grave peso, y con creciente cólera.)

Este ambiente
me asfixia... ¡No más encierro!

ESCENA IV.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

MARQ. ¿Sabéis... (Viendo la alteración de S. M.)

EMPER. ¿Qué... diste con él? (Con asombro.)

MARQ. Las gentes de la comarca
llegan al templo, en tropel,
y traspasan el cancel
clamando por su monarca.

EMPER. ¿Su monarca? (Con febril alegría.)

MARQ. Es la verdad.

Dicen que su magestad
sus funerales dispone,
y que asistir se propone...

EMPER. Agradezco esa lealtad.

(Tomando la mano del Marqués, le dice con fuego.)

Si, hastiado del mundo vano,
de mi cetro soberano

pude un punto prescindir,
vuelva ese cetro á mi mano
porque reinar es vivir.

MARQ. Dejad la mundana gloria,
y entre ella y vuestra memoria
interponed un abismo,
porque es la mayor victoria
la de vencerse á sí mismo.
Si volviérais al dosel
que abandonásteis prudente,
hallaríais siempre en él
alfombrando su escabel,
enroscada una serpiente.

EMPER. ¡Felipe?...

MARQ. Nada os asombre:
dispondrá mil regocijos,
ensalzará vuestro nombre...
pero siempre quiere el hombre
mas que á su padre, á sus hijos.

(Quédase el Emperador como abrumado bajo el peso de un desengaño: el Marqués le dice con dulce acento:)

Ley natural.

EMPER. (Con ira.) ¡Qué dijiste?

MARQ. Que en vano el hombre resiste
á una ley por Dios dictada.

EMPER. Todo mi saber consiste (Con desaliento.)
en saber que no sé nada!!!

MARQ. Quien al mundo baladí
sabe, señor, desdeñar,
ese, triunfando de sí,
puede exclamar: «Reino aquí;
»servir á Dios es reinar.»—
(Viendo que el Emperador se conmueve.)

¡Ah! recobrad la confianza
de vuestra perdida fé,
y volverá la esperanza
en su dulce bienandanza
á daros la paz.

EMPER. Lo sé:

Quiero vencerme, y el viento
 miente en mi oído el acento
 que lanza el clarín rotundo,
 y vuela mi pensamiento
 á los combates del mundo.
 Oigo que con saña ruge
 negro el mar de las pasiones,
 y á su tremebundo empuje
 la tierra entreabierta, cruje
 devorando las naciones.

MARQ. La generacion actual,
 rompiendo con lo pasado,
 no puede curar su mal;
 y es inútil ya un puntal
 si el techo se ha desplomado.

EMPER. ¡No hay remedio? (con vivo interés y asombro.)

MARQ. (Después de una breve pausa y con marcada intención.)
 Preguntaba
 un sábio á la muchedumbre:
 «¿Esto, sana?» y le mostraba
 cierta manzana, que estaba
 cubierta de podredumbre.
 Gritóle el concurso.—«¡No!»
 el sábio entonces rompió
 la fruta, y de las celdillas
 extrayendo las semillas,
 intactas las enseñó.

EMPER. (Ofendido de la ironía y con fierza.)
 Pues sembraré sobre ruinas.

MARQ. Cuando á pasiones mezquinas
 el monarca se abandona,
 suelen cuajarse de espinas
 las flores de su corona.
 (Arrepintiéndose de haber dicho demasiado.)

Señor, señor, perdonad
 si ofende á su magestad
 mi franca y noble opinion.

EMPER. Alzad, buen Marqués, alzad.

MARQ. Detesto la adulacion.

EMPER. «Lealtad quita pecado,»
dice Alfonso en sábia ley,
«porque el español honrado
es más que hombre» y siempre ha dado
ejemplo á su mismo rey.

(Después de un momento de meditación, y recobrando la soberbia que le inspira el que contraríen su opinion.)

¿Cómo prescindir...

MARQ. (Enérgicamente.) Domando
con ardiente voluntad
aquese orgullo nefando:
diciéndoos á vos: «¡Lo mando!»
y obedeciendo.

(El Emperador se vuelve hácia el Marqués con marcadas muestras de enojo, á tiempo que se presenta don Juan, permaneciendo inmóvil y arrogante en el fondo de la escena: el Marqués dice con énfasis:)

¡Mirad!

(El Emperador se extremece, y por una reacción propia de los caracteres irascibles, pero impresionables y generosos, cambia instantáneamente de fisonomía, y sin hablar, pero con sumo cariño, indica que desea quedar á solas con don Juan: el Marqués dice:)

MARQ. ¡Bien, señor! he comprendido;
mas nunca deis al olvido,
que si en la noble Castilla
la manzana se ha podrido,
intacta está la semilla.

ESCENA V.

EL EMPERADOR.—DON JUAN.

(En toda esta escena, don Juan aparece en la plenitud de su carácter impetuoso, ardiente, apasionado de una idea favorita, la posesion del objeto amado. Don Juan representa, como en su carácter se vé, al jóven tipo de la nueva doctrina revolucionaria, según lo demostrará cuando cree que puede hacerse justicia por su mano. El monarca, irascible, sagaz, se domina, según el partido que le conviene sacar de las circunstancias; se asombra y reprime sucesivamente, y cuando vé que la regia magestad no inspira respeto á su interlocutor, dá rienda suelta á su iracundo genio.)

EMPER. Acércate, doncel, que hablarte quiero.
Revelas en tu noble continente

el alma de un ilustre caballero.

Te acredita esa banda de valiente.

¿Amas la gloria?

D. JUAN. (Con vivo interés.) Al apuntarme el bozo
calcé la espuela, me vesti las mallas,
y extasiado de insólito alborozo
seguí vuestro pendon á las batallas.
Sin amigos, sin padres...

EMPER. ¿Sin amigos!

D. JUAN. No los tiene, señor, quien nada vale:
el mundo es un infierno de enemigos
donde vence el peor que sobresale.
Del hombre que es honrado y generoso,
dicen que el cielo con paciencia gana;
pero el hijo de Adan es veleidoso
y dura de seguir la ley cristiana.

EMPER. Pero tú, buen cristiano y caballero,
tendrás una ambicion...

D. JUAN. La tuve un día.

EMPER. Mas... (Con ansiedad.)

D. JUAN. Todo es vanidad.

EMPER. ¿Y quieres...

D. JUAN. Quiero

despreciar tanta ruin hipocresía.—

Desde que vi la iniquidad sentada

hollando el tribunal de la justicia,

reinando la mentira y prosternada

á sus pies la verdad, de la malicia

de los hombres maldije.—Ya que el mundo

opprime á la virtud y la escarnece;

ya que en su torpe tribunal inmundo

el débil tiembla y el soberbio crece

en honor y poder, porque es temido,

yo quiero un Juez que en mi conciencia lea,

y detesto ese mundo corrompido

y le dejo entregado á su pelea.

Espero solo en Dios, y solo ansío

el dulce bien que la virtud concilia,

huyendo del mundano poderío

entregado al amor de mi familia.

EMPER. ¿Tu familia?

D. JUAN. Es así; mi amante esposa...

EMPER. Imposible, don Juan, es imposible.

D. JUAN. ¡Imposible! ¿Por qué?

EMPER. (Confuso.) Porque otra cosa
dispone Dios.

D. JUAN. Señor, es insufrible
esta duda fatal.

EMPER. (Después de alguna vacilacion y con interés y misterio.)
¿Sabes quién eres?

D. JUAN. Un huérfano infeliz ante los hombres:

pero yo, que desprecio sus placeres,
su mentido oropel, y tantos nombres...

ruido de voces, con que el mundo adora
al ídolo falaz de la mentira,

yo sé bien que ánte el ser que me enamora
digno soy del amor que amor le inspira:

y esta dicha sin fin no la cambiara
por la púrpura misma, que no cuesta

ni lágrimas ni sangre, ni es tan cara
que, dándola Satán, él la detesta.

ESTREL. ¡Don Juan! (Reconviniéndole.)

D. JUAN. (Con brio.) ¡Señor!

EMPER. (Dominándose.) En tus palabras noto
amargura y desden y desencanto. (Pausa.)
¿Qué tienes? Dí... (Con sumo interés.)

D. JUAN. Que desde niño ha roto

la experiencia del mal el dulce encanto
de la edad juvenil; que el mundo necio

me miró con desden por mi pobreza,
y hoy le pago á mi vez con mi desprecio

y le escupo á la frente con fiereza.

(Momento de calma; asombro del Emperador.)

Le hablásteis de victorias á la España,

y al ronco retumbar de los cañones,

llevaron donde quier su heroica saña
con garra furibunda los leones.

Mi rey era mi Dios. Mas llega un día

en que, rota la venda de mis ojos,
palpo la realidad; sangre corria
á torrentes! Miré de sangre rojos
las ciudades, los campos, y do quiera
los pueblos, á su rey sirviendo fieles,
alzaban con denuedo su bandera,
salpicaban de sangre sus laureles.
La miseria, y el hambre, hasta la muerte
con gozo heroico el español sufria,
en tanto ¡vive Dios! que, turba inerte
de parásitos viles os seguia;
famélicos y torpes cortesanos,
de pueblos y palacios ruin polilla,
y que hoy os abandonan inhumanos
y ante otro doblan la servil rodilla.

EMPER. ¡Insensato! ¡Insensato!

D. JUAN. Si hay alguna
víbora cortesana que pretende,
codiciosa de miedo y de fortuna,
robarme el bien de que bien depende,
¡Vive Cristo! decillo...

EMPER. ¡Miserable!
¡Yo, di, sin voluntad, esclavo inmundo
de palaciegos! (Con autoridad.) Dí.

D. JUAN. (Con serenidad.) Cisneros hable,
y hable Cortés conquistador de un mundo.

EMPER. ¿Quién te inspira? ¡infeliz!

D. JUAN. Soy Luterano.

EMPER. ¡Luterano! ¡Él tambien!

D. JUAN. No subordino

mi razon á los pies del soberano
que ser pretenda, como Dios, divino.

EMPER. ¡Dios de Dios! ¡Más tormento! ¿Me faltaba
esta prueba sufrir? (Quédase como abismado.)

(Saliendo de su estupor.) No, ¡vive el cielo!

¡Ah! ¡Rebelde, procaz! Mi ofensa lava
doblando la rodilla .. (D. Juan cruza los brazos.)

(Con autoridad.) Rinde al suelo
esa frente soberbia. (D. Juan sigue impassible.)

(En el colmo de furor.) ¡Mal vasallo!
¡Indigno de esta insignia!

(La arranca la banda; al acercarse el Emperador, toma don Juan otra actitud, de modo que sus brazos no estorben para la acción del monarca.)

D. JUAN. ¡Virgen santa!

(Al prorumpir en esta exclamación, tira de la espada, y vá, ciego de cólera, á lanzarse sobre el Emperador, quien recobrando su magestad le dice:)

EMPER. ¡Regicida!!!

(Presentase rápidamente don Luis Quijada, seguido de un alcalde y alguaciles que vienen en traje de camino y permanecen al fondo. Don Luis se interpone entre el Emperador y don Juan.)

D. JUAN. ¡Señor! (Quédase inmóvil ante don Luis.)

D. LUIS. (Dominando la situación, presenta á don Juan su pecho invitándole á que hiera; don Juan se horroriza, arroja inmediatamente la espada, quiere hablar, pero don Luis, pretendiendo ahogar la palabra en sus labios, le dice con voz sorda:)

Silencio...

D. JUAN. (Sumiso.)

Callo...

D. LUIS. De rodillas...

D. JUAN. (Humilmente.) Señor...

D. LUIS. (Satisfecho de la sumisión, tomando violentamente de la mano á don Juan y lanzándole á los pies del monarca, le dice con autoridad, al mismo tiempo que en tono de inspirarle la idea de lo que ha de hacer.)

Ante su planta.

(Toda esta escena es muy rápida: don Juan obedece como un autómatas; el Emperador, cruzado de brazos, queda inmóvil; momento de silencio. Don Luis en actitud reverente, y á cierta distancia, demuestra su profunda angustia, e inquiere con su mirada si el Emperador está satisfecho del triunfo que acaba de obtener sobre su contendiente.)

ESCENA VI.

EL EMPERADOR.—DON JUAN.—DON LUIS.—ALCALDE.—AL
GUACILES.

EMPER. (Apartándose un poco de don Juan y con furor reconcentrado, al paso que con terror.)

¿Y de mi sangre ha nacido?

Víbora, te aplastaré,

y el corazón me abriré

si tienes en él tu nido. (De repente y con régia magestad.)

¡Alcalde! de este traidor

tu cabeza me responde.

Llévale al instante. (D. Juan se incorpora sereno y digno.)

D. LUIS. (Asombrado.) ¿A dónde?

EMPER. A una mazmorra.

(Avanza D. Juan hácia el alcalde que también se adelanta.)

D. LUIS. (Suplicante.) Señor...

EMPER. Lévale. (Al alcalde.)

D. LUIS. (Insistiendo.) Escuchad...

EMPER. Que muera.

(Don Luis contempla un momento á don Juan, corre hácia él, don Juan le recibe gozoso, vá á abrazarle, se arrepiente, el alcalde está indeciso, el Emperador dice:)

A Valladolid con él.

D. LUIS. (Separándose del lado de D. Juan.)

Atendedme. (Suplicante.)

EMPER. (Imposible.) Y por infiel...

sirva de pasto á una hoguera.

D. LUIS. Una palabra...

EMPER. (Deshaciéndose de D. Luis.) ¡Partid!

D. LUIS. Perdonad su desvarío. (De rodillas.)

EMPER. ¡Aunque fuera un hijo mio! (Inflexible.)

¡Alcalde, á Valladolid!

(D. Luis contempla un momento al Emperador; otro momento á don Juan, y ambos, profundamente conmovidos, se abrazan, separándose á la presencia de los alguaciles que se llevan á D. Juan; todo con suma rapidez.)

ESCENA VII.

EL EMPERADOR.—DON LUIS.

EMPER. (Después de un momento de silencio, y con furor reconcentrado.)

Muera, muera.—Aunque taladre
con duro dardo mi pecho,
bien hecho ha de estar lo hecho.
Lamentaré como padre
su muerte; me hará pedazos
su desdicha el corazón!
mas tengo resolución
para llevarle en mis brazos
al suplicio.

D. LUIS.— ¿Qué decís?

EMPER. Sabre devorar mi pena:
mas estudia en esta escena
la marcha del siglo, Luis.
Empapado en la doctrina
que Lutero ha difundido,
cuando se juzga ofendido
de su señor, le asesina. (Con brio.)
Pues ese principio espere
que el antiguo le rechace...
Juan representa al que nace,
y tú, buen Luis, al que muere.

(Este verso lo dice conmovido, tomando la mano de D. Luis.)

D. LUIS.— ¿Que muere?

EMPER. Y á pesadumbres
habrán de morir los reyes
que reformaren las leyes
sin reformar las costumbres.
Gasté, Luis, mi juventud
desoyendo esta verdad,
porque es la prosperidad
madrastra de la virtud.

(Como persistiendo en una idea que le acusa tenazmente.)

Que muera. (Hace que se va.)

D. LUIS. ¿Sabéis quién es?

EMPER. (Deteniéndose, después de un breve instante, y con amargura, mezcla-
da de profunda angustia.)

Sí, por desdicha.

D. LUIS. (Suplicante.) Señor...

(Inego mudando de tono y queriendo revelar algo importante, dice con
indecisión:)

Sabed...

EMPER. (Violentamente.) Nada.

D. LUIS. Por favor...

EMPER. Y si naciera después (con vehemencia.) cien
cien veces, las cien le diera
la muerte; y para escarmiento
de herejes, fuera las ciento
á contemplarle en la hoguera.

D. LUIS. Mas dejadme que os explique...

(Rasgo de indignacion del Emperador. D. Luis continúa diciéndole horra-
mente conmovido.)

A vuestra bondad me acójo.

EMPER. En vano, Luis, de mi enojo
salta en pedazos el dique.

¿Cómo puede imaginar
que diera ser á un reptil

el águila que gentil

se puede al sol remontar! (pausa.)

¡Yo! con este pensamiento

en vivo fuego encendido,

he de vivir, reducido

á la estrechez de un convento?

No daré paz á la mano,

al cuerpo calma ni abrigo,

mientras quede un enemigo

del santo nombre cristiano.

D. LUIS. Mirad, señor... (tratando de disuadirle.)

EMPER. Basta, pues,

de calma y de monasterio,

y del mundo el vasto imperio

doble la frente á mis piés.

(Vuelve la espalda á don Luis, anda como para salir de la escena, pero

al apoyarse en la mesa le dice.)

D. LUIS. ¡Vuestros piés!

(El Emperador se irrita; preséntase frente á frente á D. Luis, y este añade:)

¡Os abandona

de la gota la fiereza?

EMPER. Se manda... con la cabeza. (Con ira.)

(Después de brevisima pausa, lanzando á D. Luis una mirada de indignación y volviéndole el rostro al terminar el verso.)

Aun puedo con la corona.

(Anda con dificultad, pero con la energía de una voluntad indomable que vence las dificultades á fuerza de empeño en superarlas.)

ESCENA VIII.

DÓN LUIS.—EL MARQUÉS..

(D. Luis de frente para el público; queda como aplanado bajo el peso de las palabras del monarca, y abstraído, no vé al Marqués, quien entrando por el fondo al salir el Emperador del teatro; llega á la mesa, toma asiento, escribe, á tiempo que, empezando á oscurecer, entra un criado con un candelabro con luces, que coloca en la mesa. Mientras habla D. Luis, el Marqués escribe, y se le vé derretir el lacre á la luz, untar el calce del papel, y aplicarle el sello de un anillo.)

D. LUIS. ¿Merezcó este trato extraño?

¡Así paga mi lealtad!...

¿Prueban así su amistad

los reyes! ¡Qué desengaño!

Hoy, hoy mismo, Emperador,

dará tu casa al olvido,

quien pudiendo ser servido

no quiere ser servidor.

MARQ. Los alguaciles y alcalde (Bajando al proscenio.)

que con vos vinieron...

D. LUIS. (Ansioso.)

Si...

MARQ. Van á llevarle.

D. LUIS.

¡Ay de mí!

corto á verles... (Decidido.)

MARQ.

Es en balde.

Nada esperéis,

D. LUIS. (Con extrañeza.) ¿Nada?

MARQ. Nada.

El poder municipal
enmudece ante el real
dominado por la espada.

Mirad... (Enseñándole el papel que escribió.)

D. LUIS. ¡Cómo! ¡Marqués! (Sorprendiéndose de lo que lee para sí.)

MARQ. (Recibiendo el papel, y volviéndose á entregar á su interlocutor.) Id.
(En este momento se presenta Estrella, D. Luis corre á su encuentro en
actitud de mostrarle el papel.)

D. LUIS. ¡Estrella! (Con júbilo.)

MARQ. ¡Callad! (Interponiéndose rápidamente.)

ESTREL. (Como pretendiendo decir al Marqués algo importante.) Marqués...

D. LUIS. Una palabra. (Pugnando por hablar á la joven.)

MARQ. Despues.

D. LUIS. Pero explicadme... (Insistiendo.)

MARQ. Partid.

(Ante la resuelta actitud del Marqués, D. Luis sale prontamente de la
escena, yéndose por el fondo izquierda.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—ESTRELLA.

MARQ. Estais demudada, fria,
temblorosa...

ESTREL. Sí, de horror.

MARQ. ¿Qué pasa?

ESTREL. El Emperador
colérico, desvaria.

MARQ. ¡Desvaria!

EMPER. Hablarle quiero,

y, con soberbio ademán,

—»A crucificarle van,

por tí, por tí, vil Lutero!!»

dice gritando.

MARQ. ¿Sí?

ESTREL. Lanza

un «¡ay!» tremendo, que aterra,
y exclama despues: «La tierra
temblará con mi venganza!»—
Dias ha, se debilita
con fuertes maceraciones,
hace largas oraciones,
con facilidad se irrita,
no se alimenta, Marqués,
ayuna...

MARQ. ¿Sí?

ESTREL. Con frecuencia

le falta la resistencia
y se desmaya... ¡Ay! ¡él es!

(Dice el final del verso mirando para adentro, horrorizada, y refugiándose en el seno de su interlocutor.)

MARQ. ¿Dónde?...

ESTREL. ¡Ved!

MARQ. ¡Oh!

ESTREL. ¡Qué semblante!

MARQ. Dejarme solo un momento.

ESTREL. No, Marqués, no lo consiento.

MARQ. Os lo suplico.—Un instante. (Estrella vacila, cede y vase.)

ESCENA X.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.

EMPER. (Tomando rápidamente una mano de su interlocutor, llevándole á la puerta por donde ha salido al teatro, y diciéndole con imperio:)

Ven acá.—¿Ves mi aposento?

Pues entra y vuelve al momento.

(El Marqués obedece: el Emperador recorre con la vista la escena; está preocupado de una idea terrible. Luego dice al Marqués, con ansia:)

¿Qué viste que así te asombra?

(Llevándosele, con febril impaciente curiosidad, al centro de la escena.)

MARQ. Nada. (Naturalmente.)

EMPER. ¡Nada! ¿Con que miento?

MARQ. Vos, señor... (Con perplejidad.)

EMPER. ¿Viste la sombra
que me persigue?

MARQ. ¡Ilusion!

EMPER. ¡Ilusion! La he visto andar

en torno la habitacion;

sentí su respiracion,

y hasta la llegué á tocar.

Entonces, la luz tranquila

de mi lámpara radiosa

chisporrotea, vacila,

y rápida se aniquila

muriendo la mariposa.

Lanzan fuego mis miradas,

se alumbrá la oscuridad,

y brotan... mieses doradas

que espigas tienen granadas

con rara fecundidad...

Ponzoño: o ambiente aspiro;

me acerco á la miés, y miro

sangre caliente, que brota

de cada grano, ¡ una gota!

de cada gota ¡ un suspiro!

Escucho llantos, clamores,

de tanta sangre me asombro,

y veo... que entre traidores

pasa el « Hombre de dolores »

llevando la cruz al hombro.

Me aterro: mi fantasía

me presenta la heregía

triunfando de mi desden;

me insulta, me desafia,

quiero aplastarle la sien...

¡ Ah!... sus sectarios menguados

se mofan al verme inútil,

y me arrojan, destrozados,

los restos ensangrentados

de la túnica inconsútil.

Los ojos cierro: mas fiero,

tremendo fantasma asoma

sarcástico, infame, artero...

¿Sabes quién era?—¡ Lutero !

Me puso delante... ¡ á Roma !

Mis soldados ¡ foragidos !

cada cual pide un tesoro,

cubren el suelo de heridos,

y apilan enfurecidos

en sangre bañado el oro!

(Dobla la fuerza de su desvario, y señála como si viera los objetos del cuadro que describe.)

¡ Mira ! Con feroz malicia

púrpura cardenalicia

viste uno, y, con mano ávara,

sordo á Dios y á su justicia,

¡ el otro roba la tiara...!

¡ Herejes ! Van á brindar,

inspirados del demonio,

y en el copon á libar

parodiando á Baltasar

en el festin babilonio.

(Creciendo su espanto, y como si se encontrárá al frente de sus huestes.)

¡ Caballeros castellanos !

¡ Santiago y España ! Impío!

para tus tigres hircanos, (Como si hablára con un espectro.)

tiene huestes de cristianos

mi noble Castilla. Rio,

(Después de una pausa lanza una carcajada histérica.)

porque ya sabrá tu grey

de monarcas, que olvidar

supo de Jesús la ley,

que no tiene trono el rey

donde Dios no tiene altar.

(Quiere salir de la escena resueltamente; el Marqués, que le ha estado contemplando con profunda ansiedad y pena, le detiene solícito.)

MARQ. Atended... (En tono de súplica.)

EMPER. (Como hablando con el espectro.) ¡ Venga mi acero !

¡ Ah ! ¡ vil ! en tu corazon

hartarme de sangre quiero.

(En este instante penetran en la escena D. Juan, D. Luis y el alcalde.

D. Juan se acerca al Emperador á tiempo que este dice:)

¡Sombra infernal! (ve á don Juan se detiene un rápido instante y exclama.) ¡Oh!!!

(Volviéndose para el Marqués, grita, señalando á D. Juan:)

¡Lutero!

D. JUAN. ¡Perdon!

EMPER. (horrorizado.) ¡Justo Dios!

D. JUAN. (De rodillas.) Perdon.

ESCENA ULTIMA.

EL EMPERADOR.—EL MARQUÉS.—DON JUAN.—DON LUIS.
UN ALCALDE.

(Al volver el monarca el rostro, encuentra á D. Juan á sus plantas: la duda, el asombro y la cólera, producen una reaccion favorable en su razon, de modo que parece que vuelve á su estado normal. Téngase entendido que el Emperador no enloquece, sino que el ayuno frecuente le debilita, y muestra que su conciencia lastimada por pasados extravíos, le acosa y le hace temblar por la incertidumbre de un porvenir terrible para su alma, cuando al presente cree que los males que el mundo lamenta son hijos de su conducta pasada con Lutero y sus secuaces.)

EMPER. ¡Tú en libertad! ¡Regicida!

(D. Luis estará en segundo término expresando con sus miradas la angustia de quien espera un fallo tan tremendo como incierto. Al exclamar el Emperador «tú en libertad!» el alcalde y D. Luis se miran con asombro; entonces el alcalde se adelanta á la presencia del soberano, y doblando la rodilla le presenta un papel que toma su magestad. Mientras el alcalde se retira á respetuosa distancia, el Marqués se acerca más al Emperador, y este dice:)

¡Mi sello!

MARQ. (Presentando el anillo.) Le puse yo.

Tomad, señor. (En actitud reverente.)

EMPER. (Reconociendo su anillo, tirando el papel, levantando violentamente á D. Juan, y en el colmo de su furor.)

¡No; no, no!
yo necesito su vida.

(Don Juan se desvia hácia el segundo término.)

MARQ. A vuestra palabra apelo... (Suplicante.)

EMPER. ¡A mi palabra? (Con duda.)

(Con ramordimiento.) ¡Es verdad!

(Cambiando de tono y como inspirado.)

No alcanza la autoridad

de los monarcas; al cielo.

(Siempre febricitante, se acerca al sitial, maquinalmente.)

Siendo de Dios enemigo,

solo Él perdonarle puede;

Él me manda que no quede

el criminal sin castigo.

La mentira y la codicia

y la traicion y la fuerza,

reinarán, donde el rey tuerza

la vara de su justicia.

Sirva al pueblo de escarmiento.

(Cejando lentamente para el sitial, cada vez que exclama «¡ay!» será en tono de sentir un dolor en el corazon, el cual se sujeta con ambas manos; y las retira del pecho cuando, de espaldas, á tuestas, busca algo en que apoyarse.)

¡Ay! ¡lejos de mí! que muera...

¡Ay! dé su cuerpo á la hoguera...

y... sus cenizas... al viento.

(Encuentra el sitial y se recuesta contra él y la mesa: de repente, dando un paso, exclama:)

Mas... ¡mi palabra! ¡Qué horror!

¡Faltar un rey! (Momento de silencio.)

(Oyese en el templo la música de las exequias que se celebran por el alma del monje, de que se tiene hablado en los actos anteriores. Cuando el Emperador dice: «Faltar un rey!» sonrojado, se cubre el rostro con las manos. En este momento de silencio se oye una voz lejana, que canta: «Beati mortui qui in domino moriuntur,» y verificándose en él una reaccion que crece, segun lo indica la situacion, se acerca á don Luis y le dice:)

Han cantado...

¿Oyes? «¡Bienaventurado
el que muere en el Señor!»

(Sigue el canto lejano, aproximándose cuando la situacion lo exija.)

Aparta, sombra tenaz,

déjame, déjame en calma,
que conquistar pueda el alma
del cielo la santa paz...

(Después de un breve momento de reflexión, dice horrorizado:)

¡A mi hijo! No, no quiero...

(Anda como para mandar que se suspenda la ejecución de sus órdenes, se arrepiente, y dice:)

Mas sí, sí, que ante la ley
debe siempre ser el rey
el que obedezca primero.

D. LUIS. Señor... señor...! (Bañado en llanto.)

EMPER. (Tomándole de la mano y diciéndole con energía)

Que se asombre
el mundo ante tal castigo!

(Después de un momento de silencio y abrazando á D. Luis)

Mas... pueda llorarle, amigo,
porque, al fin, tambien soy hombre.

D. LUIS. No, no es hijo vuestro. (Con vivísimo interés.)

EMPER. (Como recordando de un sueño terrible.) ¡NO?

D. LUIS. Juan de Austria, señor, se cria

feliz en Villagarcía.

EMPER. ¡Pero ese jóven... (Cada vez más asombrado.)

D. LUIS. Debió

la vida á mi caridad,

y es valiente y es honrado...

¡Sobre todo, es desgraciado!

Piedad para, él piedad!

EMPER. (Tomando la mano de D. Luis, y con tono de quien inquiere un secreto.)

¡Y mi hijo, el de Austria?

D. LUIS. Crece

gallardo, noble, lozano...

(Momento de silencio: el Emperador se conmueve: D. Luis, fuertemente agitado, dice:)*

Perdonadle...

EMPER. (Con horror.) ¡Un Luterano!

(Luego, contemplando á don Luis con disgusto, añade:)

¡Y tú?... No... no lo merece.

(Oyese distintamente el canto lúgubre, y el clamor de las campanas,

como si estuviera próximo á salir á la escena el fúnebre acompañamiento. Estrella, bañada en llanto, entra por la izquierda, y cayendo de rodillas á las plantas de su magestad, le dice con énfasis:)

ESTREL. Doleos de mi abandono,
¡por la pasión del Señor!

(El Emperador, anonadado, luchando consigo mismo, se conmueve, duda un momento, y contemplando á Estrella, exclama:)

EMPER. Dí mi palabra de honor...

(Fuertemente agitado y como temiendo que puedan cumplirse sus órdenes relativas á D. Juan.)

¡Le perdono... le perdono!

MARQ. (Con fuego y acercándose al Emperador.)

Sois grande entre los más grandes.

EMPER. ¡Ah! todo es polvo, Marqués.

D. JUAN. Dadme á besar vuestros pies. (Al Emperador.)

Voy á partir.

ESTREL. ¿Dónde?

D. JUAN. A Flandes.

Para merecer la gloria (A Estrella.)

de mi perdón y tu mano,
de español y de cristiano
pruebas daré en la victoria.

EMPER. Vamos del féretro en pos...

Tronos, pompas, magestades...
vanidad de vanidades,
polvo y miseria ante Dios!

(Cuando el Emperador dice: «todo es polvo!» dirigiéndose al Marqués, se deja caer en el sitial: Estrella cae de rodillas, y al compás de la música, del canto del «Miserere» y del clamor de las campanas, que doblan á muerto, baja el telón.)

FIN.

Aprobado por la censura.

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...

... de la ...
... de la ...
... de la ...



Achaques de siglo actual.
 Un Hidalgo aragones.
 Un Verdadero hombre de bien.
 La Esclava de su galán.
 Pecado y expiación.
 ¡Fortuna te dé Dios, hijo!
 No se venga quien bien ama.
 La Estudiantina.
 La Escala de la Fortuna.
 Amor con amor se paga.
 Capas y sombreros.
 Ardides dobles de amor.
 El Buen Santiago.
 ¡Ya es tarde!
 Un cuarto con dos alcobas.
 ¡Lo que es el mundo!
 Todo se queda en casa.
 Desde Toledo á Madrid.
 El Rey de los Primos.
 La Caverna invisible.
 Quien bien te quiera te hará llorar.
 Marica-enreda.
 Flaquezas y Desengaños.
 La Amistad ó las tres épocas.
 El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
 La luna de miel.
 Un Ente como hay muchos.
 Cornelio Nepote.
 Los Pretendientes del día.
 Los dos amores.
 Deudas del alma.
 Pipo, ó el Príncipe de Montecresta.
 Las diez de la noche.
 El Congreso de Jitanos.
 El Preceptor y su mujer.
 La Ley Sálica.
 Un Casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un Divorcio!
 La Hija del misterio.
 Las Cucas.
 Gérónimo el albañil.
 María y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá....
 Juan el Tornero.
 La doctora en travesuras.
 Un milagro del misterio.
 La Mula de mi doctor.
 A los pies de V., señora.
 Remedio para una quiebra.
 El sistema de Felipa.
 El sistema de Felipe.
 La mujer de dos maridos.
 Ladron y Verdugo.
 La astucia rompe cerrojos.
 Un viaje alrededor de mi mujer.
 Un viaje alrededor de mi marido.
 El marido universal.
 Un Sentenciado á muerte.
 No se hizo la miel...
 Los Preciosos ridiculos.
 Lo que al negro del sermon.
 La Union carlo-polaca.
 Pepiya la aguardentera.
 ¡¡Ingleses!!
 Un Fusil del Dos de mayo.
 Cuerdos y locos.
 Pst., Pst.
 Entre Scila y Caribdis.
 Al que no quiere caldo.
 La Piel del Diablo.
 Si buenas insulas me dan...
 El Perro rabioso.
 De qué?
 La Herencia de mi tia.
 La Capa de Josef.
 Ali Ben-Salé-Abul-Tarif.
 Los Apuros de un Guindilla.
 El Sacristan del Escorial.
 El Sol de la libertad, loa.
 Amarse y aborrecerse.
 Trece á la mesa.
 Dos Casamientos ocultos.
 Cinco pies y tres pulgadas.
 A la Corte á pretender.
 Con el santo y la limosna.
 De Potencia á potencia.
 Las Avispas.
 El Aguador y el Misántropo.
 Acertar por carambola.
 El Rey por fuerza.
 Las Obras de Quevedo.
 Un Protector del bello sexo.
 No siempre lo bueno es bueno.
 Huyendo del peregril.
 El Chal verde.

El don del cielo.
 La Esperanza de la Patria, loa.
 Alza y baja.
 Cero y van dos.
 Por poderes.
 Una Apuesta.
 ¿Cuál de los tres es el tío?
 La Eleccion de un diputado
 La Banda de capitán.
 Por un loro!
 Simon Terranova.
 Las dos carteras.
 Malas tentaciones.
 Dos en uno.
 No hay que tentar al Diablo.
 Una Ensalada de pollos.
 Una Actriz.
 Dos á dos.
 El Tío Zaratán.
 Los Tres ramilletes.
 El Corazon de un bandido.
 Treinta días despues.
 Cenar á tambor batiente.
 Las Jobabas.
 Los Dos amigos y el dote.
 Los Dos compadres.
 No mas secreto.
 Manolito Gazquez.
 Percances de un apellido.
 Clases pasivas.
 Infantes improvisados.
 Por amor y por dinero.
 Estrupicios por amor.
 Mi Media naranja.
 Un Ente singular!
 Juan el Perdidio.
 De casta le viene al galgo.
 ¡No hay felicidad completa!
 El Vizconde Bartolo.
 Otro Perro del hortelano.
 No hay chanzas con el amor.
 ¡Un bofetón... y soy dichosa!
 El Premio de la virtud.
 Sombra, fantasma y muger.
 Cuerpo y sombra.
 Un Angel tutelar.
 El Turron de Noche-buena.
 La Casa desahabitada.
 Un Contrabando.
 El Retratista.
 Un Año en quince minutos.
 ¡Un Cabello!
 Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydée   el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegiales y soldados.

Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir   una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
 Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.

El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alfonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano
y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la ESPAÑA DRAMÁTICA , se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares   la Direccion , que lleguen   200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.